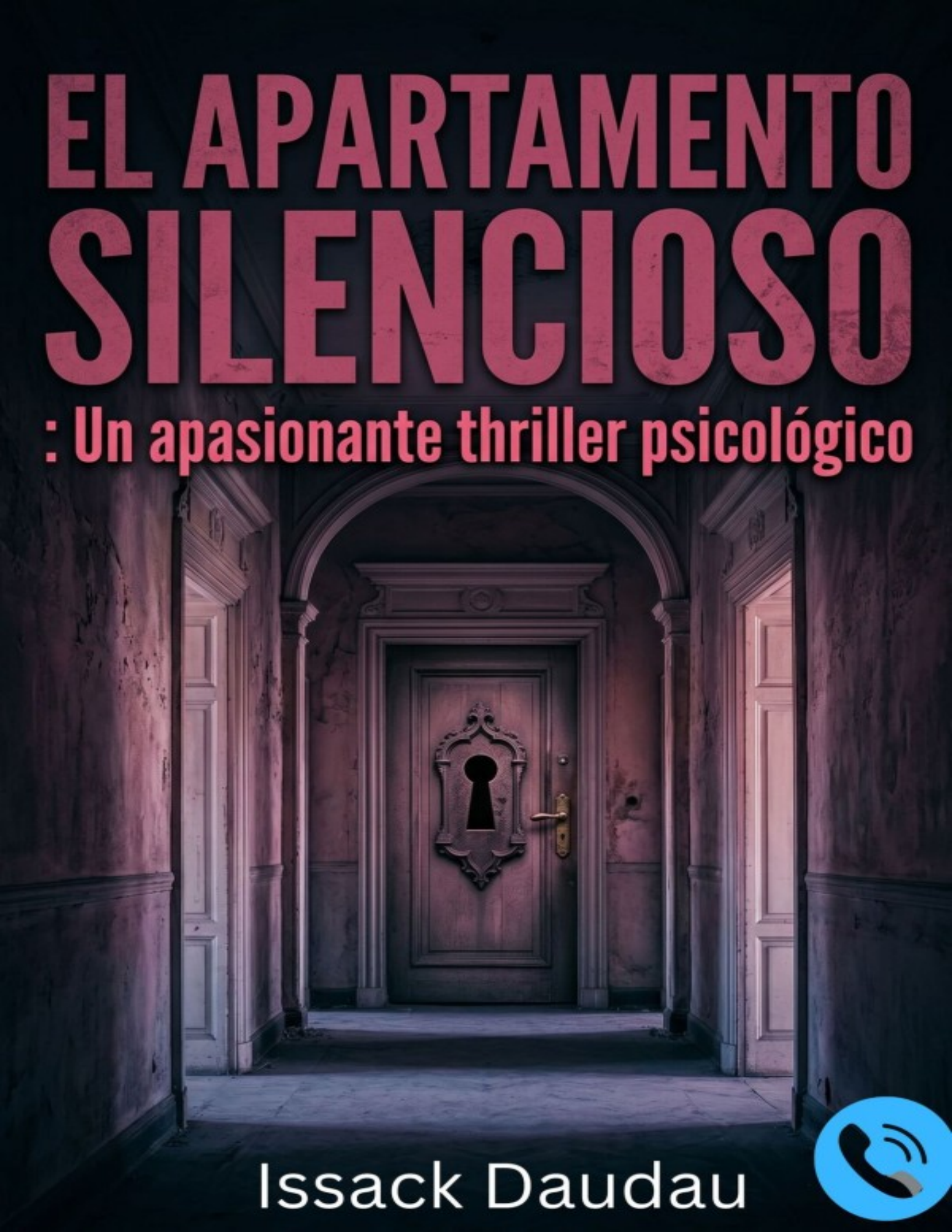
EL APARTAMENTO SILENCIOSO

: Un apasionante thriller psicológico



Issack Daudau

El apartamento silencioso

Un apasionante thriller psicológico

Issack Daudau

Capítulo 1 — La Oferta en la Montaña

La lluvia caía sobre Manhattan desde temprano en la mañana.

No era una lluvia suave ni tranquila. Era fría, pesada y constante, como si el cielo estuviera cansado del mundo. Las gotas golpeaban las ventanas del pequeño apartamento de Elena Morgan mientras el viento hacía vibrar los viejos marcos de madera.

Elena permanecía de pie junto a la cocina, sosteniendo una taza de café ya frío entre las manos.

El apartamento era silencioso. Demasiado silencioso.

Sobre la mesa había facturas sin pagar, cartas del banco y avisos de deuda cubiertos con tinta roja. Cada sobre parecía gritarle el mismo mensaje:

PAGO ATRASADO.

ÚLTIMO AVISO.

RIESGO DE DESALOJO.

Elena cerró los ojos por un instante.

A sus veinticuatro años, jamás imaginó que la vida pudiera derrumbarse tan rápido.

Seis meses antes, sus padres habían muerto en un accidente automovilístico durante una tormenta de nieve en Pennsylvania. Desde entonces, todo había cambiado. Las llamadas desaparecieron. Las cenas familiares desaparecieron. Incluso las pequeñas cosas —como escuchar la voz de su madre por las mañanas— se habían convertido en recuerdos dolorosos.

Ahora estaba sola.

Completamente sola.

No tenía hermanos. No tenía familiares cercanos. Y los pocos amigos que conservaba vivían demasiado ocupados con sus propias vidas.

La soledad se había convertido en una sombra constante.

Elena dejó la taza sobre la mesa y abrió su laptop vieja. Otro correo electrónico de rechazo apareció en la pantalla.

"Gracias por su interés…"

Lo cerró inmediatamente.

Había enviado más de cuarenta solicitudes de empleo en menos de dos semanas. Cafeterías, oficinas, hoteles, supermercados. Nadie quería contratarla.

El alquiler vencía en tres días.

Y apenas tenía dinero para comida.

Un zumbido repentino interrumpió el silencio.

Su teléfono vibraba sobre el sofá.

Número desconocido.

Elena dudó antes de contestar.

—¿Hola?

Una voz femenina respondió al instante.

—¿La señorita Elena Morgan?

—Sí, soy yo.

—Mi nombre es Margaret Pierce. La llamo respecto a su solicitud de empleo para el puesto de cuidadora privada.

Elena frunció ligeramente el ceño.

Tardó unos segundos en recordar.

Semanas atrás había enviado solicitudes a tantas empresas que apenas podía distinguir una de otra.

—Ah… sí. Claro.

—Hemos revisado su perfil —continuó Margaret con una voz tranquila y elegante— y creemos que usted podría ser perfecta para el puesto.

Elena se sentó lentamente.

—¿De qué trata exactamente el trabajo?

—Se trata de supervisar una propiedad privada en el norte del estado de Nueva York. El contrato es por tres meses.

—¿Solo tres meses?

—Sí. Durante ese tiempo usted residirá dentro de la propiedad. Todos los gastos estarán cubiertos.

Elena miró las facturas sobre la mesa.

—¿Y el salario?

Hubo una breve pausa.

—Veinte mil dólares.

Elena pensó que había escuchado mal.

—¿Cuánto dijo?

—Veinte mil dólares por el período completo.

El corazón comenzó a latirle más rápido.

Era demasiado dinero.

Demasiado bueno para ser verdad.

Con esa cantidad podría pagar sus deudas. Podría conservar el apartamento. Incluso podría comenzar una nueva vida.

Pero algo no encajaba.

—¿Qué clase de propiedad necesita pagar tanto dinero por una cuidadora?

Margaret respondió con calma.

—Los propietarios valoran enormemente la privacidad. Necesitan a alguien responsable y discreto.

Privacidad.

La palabra quedó flotando en el aire.

—¿Dónde está ubicada la propiedad?

—En una zona montañosa aislada. El lugar se llama Oakville Estate.

Elena escribió rápidamente el nombre en internet.

Nada apareció.

Ni una página web.

Ni fotografías.

Ni registros públicos.

Extraño.

—No encuentro información sobre el lugar.

—Eso es intencional —respondió Margaret—. Los residentes prefieren mantenerse alejados de la atención pública.

La lluvia golpeó con más fuerza las ventanas.

Elena sentía algo incómodo en el pecho.

Aun así, necesitaba el trabajo.

Desesperadamente.

—¿Cuáles serían mis responsabilidades?

—Supervisar entregas, revisar habitaciones vacías, coordinar mantenimiento básico y asegurarse de que las normas internas se respeten.

—¿Qué tipo de normas?

La voz de Margaret se volvió un poco más seria.

—No se permite contacto externo innecesario. El uso de internet está restringido. Y ciertas áreas de la propiedad están prohibidas para el personal.

Elena parpadeó.

—¿Internet restringido?

—Por motivos de seguridad y privacidad.

Eso sonaba raro.

Muy raro.

Pero veinte mil dólares seguían resonando dentro de su cabeza.

Margaret continuó:

—El puesto incluye alojamiento privado, comidas y transporte. Si acepta, un vehículo puede recogerla mañana por la mañana.

Tan rápido.

Todo ocurría demasiado rápido.

Elena observó nuevamente su pequeño apartamento.

Las paredes deterioradas.

El refrigerador casi vacío.

Las cuentas acumuladas.

No tenía muchas opciones.

Tal vez ninguna.

Tomó aire lentamente.

—Acepto el trabajo.

—Excelente, señorita Morgan. Le enviaré el contrato ahora mismo.

La llamada terminó.

Elena permaneció inmóvil durante unos segundos.

Luego abrió su correo electrónico.

El contrato había llegado.

Todo parecía profesional y perfectamente legal. Sin embargo, algunas cláusulas llamaron su atención inmediatamente.

"Todos los dispositivos electrónicos personales deberán entregarse al ingresar a la propiedad."

"El acceso al nivel subterráneo está estrictamente prohibido."

"Los empleados no podrán discutir actividades relacionadas con los residentes."

Elena sintió un pequeño escalofrío.

La mayoría de las personas probablemente rechazarían algo así.

Pero la mayoría de las personas no estaban al borde de perderlo todo.

Firmó el contrato.

Esa noche apenas pudo dormir.

El viento golpeaba las ventanas mientras ella empacaba sus pocas pertenencias: ropa, algunos libros, fotografías familiares y un pequeño collar plateado que había pertenecido a su madre.

Antes de cerrar la maleta, tomó una fotografía familiar.

Ella tenía diecisiete años en esa imagen.

Sus padres sonreían junto al lago Michigan durante unas vacaciones de verano.

Felices.

Vivos.

Elena acarició el borde del marco.

—Ojalá estuvieran aquí —susurró.

Luego guardó la fotografía cuidadosamente.

A la mañana siguiente, un SUV negro llegó exactamente a las siete.

El conductor no habló mucho.

Solo tomó las maletas y abrió la puerta trasera.

Manhattan comenzó a desaparecer lentamente detrás de ellos.

Los edificios fueron reemplazados por bosques.

Las carreteras se volvieron más estrechas.

El cielo gris cubría las montañas del norte de Nueva York mientras la nieve aparecía a ambos lados del camino.

Después de casi cuatro horas de viaje, Elena notó algo inquietante.

No había señal en su teléfono.

Ni internet.

Ni llamadas.

Nada.

—¿Estamos muy lejos de la ciudad? —preguntó.

El conductor apenas asintió.

—Lo suficiente.

El resto del camino transcurrió en silencio.

Finalmente, el vehículo giró hacia un camino privado rodeado de enormes árboles cubiertos de nieve.

Un gigantesco portón negro apareció frente a ellos.

Cámaras de seguridad vigilaban cada rincón.

Las puertas metálicas se abrieron lentamente.

Y entonces Elena vio Oakville Estate por primera vez.

El lugar parecía más una fortaleza que una residencia.

Muros de piedra gris.

Ventanas oscuras.

Torres elevadas.

Todo rodeado por un bosque inmenso y silencioso.

Elena sintió un escalofrío.

El SUV se detuvo frente a la entrada principal.

Una mujer elegante esperaba en las escaleras.

Abrigo gris.

Cabello perfectamente recogido.

Mirada fría.

Margaret Pierce.

—Bienvenida a Oakville Estate, señorita Morgan.

Elena salió lentamente del vehículo.

El aire era helado.

El silencio del lugar resultaba extraño. No se escuchaban pájaros, ni autos, ni voces humanas.

Solo viento.

Margaret la observó con atención.

—Debe estar cansada del viaje.

—Un poco.

—Sígame. Le mostraré la propiedad antes de la cena.

Las enormes puertas se abrieron.

El interior era aún más impresionante.

Lámparas de cristal.

Pisos de mármol.

Pinturas antiguas.

Todo parecía extremadamente lujoso.

Pero también… vacío.

Demasiado quieto.

Mientras caminaban por los largos pasillos, Elena notó algo raro.

Los empleados evitaban hacer contacto visual.

Nadie hablaba.

Nadie sonreía.

Margaret se detuvo frente a una gran escalera.

—Hay algunas reglas importantes que debe recordar.

Elena asintió.

—Primero: jamás haga preguntas personales a los residentes.

—Entendido.

—Segundo: el uso de internet está prohibido sin autorización.

—Bien…

—Tercero: nunca entre al sótano ni al archivo subterráneo.

Elena levantó ligeramente una ceja.

—¿Qué hay ahí abajo?

Margaret sostuvo su mirada durante unos segundos.

—Áreas restringidas.

Su tono era frío.

Definitivo.

En ese instante, un fuerte ruido metálico resonó desde algún lugar debajo del suelo.

Elena se sobresaltó.

—¿Qué fue eso?

—Las tuberías antiguas —respondió Margaret inmediatamente.

Pero Elena notó algo extraño.

Por un segundo…

Margaret parecía nerviosa.

Solo un segundo.

Después volvió a sonreír con normalidad.

Le entregó una tarjeta plateada.

—Su habitación está en el tercer piso. La cena será a las siete.

Elena tomó la tarjeta y comenzó a subir las escaleras.

Mientras avanzaba por el pasillo superior, observó pequeñas cámaras de seguridad instaladas en cada esquina.

Observándola.

Siguiéndola.

El silencio de Oakville ya no parecía elegante.

Parecía peligroso.

Y por primera vez desde que aceptó el trabajo…

Elena comenzó a preguntarse si acababa de entrar voluntariamente en una prisión.

Capítulo 2 — Las Reglas de Oakville

El viento golpeaba las ventanas de Oakville Estate con una fuerza inquietante.

Desde la habitación del tercer piso, Elena Morgan observaba los enormes bosques cubiertos de nieve que rodeaban la propiedad. El paisaje parecía hermoso desde lejos, pero había algo incómodo en aquella tranquilidad absoluta.

Demasiado silencio.

Demasiado aislamiento.

La habitación era enorme, más elegante que cualquier lugar donde Elena hubiera vivido antes. Había una cama amplia con sábanas blancas impecables, una chimenea de piedra, una pequeña biblioteca y un ventanal que mostraba las montañas oscuras bajo el cielo gris.

Pero ni todo aquel lujo lograba hacerla sentir cómoda.

Especialmente después de notar las cámaras de seguridad en los pasillos.

Especialmente después de escuchar aquel extraño ruido bajo el suelo.

Elena dejó la maleta junto a la cama y se acercó lentamente a la puerta. Antes de salir, observó algo más.

No había cerradura por dentro.

Solo un sistema electrónico que funcionaba con la tarjeta plateada que Margaret le había entregado.

Eso le provocó un escalofrío.

Tomó aire y salió al pasillo.

Las luces amarillas iluminaban las paredes decoradas con antiguos retratos familiares. Hombres y mujeres elegantes aparecían pintados con expresiones serias y miradas frías.

Parecía que todos la observaban.

El silencio del corredor resultaba casi insoportable.

Entonces escuchó pasos.

Un hombre mayor apareció al final del pasillo empujando un carrito de limpieza.

Llevaba uniforme negro y guantes grises.

Cuando vio a Elena, bajó la mirada rápidamente.

—Buenas noches —dijo Elena con amabilidad.

El hombre dudó antes de responder.

—Buenas noches, señorita.

Su voz sonaba cansada.

Nerviosa.

Elena intentó sonreír.

—Soy nueva aquí.

El hombre asintió apenas.

—Sí… lo sé.

Luego continuó caminando sin decir nada más.

Extraño.

Muy extraño.

Todos parecían actuar como si tuvieran miedo.

Elena siguió caminando hasta encontrar la escalera principal. Desde arriba podía observar el enorme salón central del estate.

Una lámpara de cristal colgaba del techo mientras varios empleados preparaban la mesa para la cena.

Nadie hablaba.

Solo se escuchaban platos, cubiertos y pasos suaves sobre el mármol.

De repente, una voz femenina habló detrás de ella.

—No deberías caminar sola por aquí durante la noche.

Elena se giró rápidamente.

Una mujer joven estaba de pie junto a la pared.

Cabello castaño oscuro.

Abrigo beige.

Ojos cansados.

Parecía tener unos veintiséis años.

—Lo siento, no quería molestar —respondió Elena.

La mujer negó suavemente con la cabeza.

—No molestas. Solo… es mejor seguir las reglas desde el principio.

Elena sintió curiosidad.

—¿Trabajas aquí?

—Sí. Mi nombre es Sophia.

—Elena.

Sophia miró alrededor antes de acercarse un poco más.

—¿Margaret ya te explicó las normas?

—Algunas.

Sophia soltó una pequeña risa nerviosa.

—Aquí siempre hay más normas de las que dicen al principio.

Elena frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Antes de que Sophia pudiera responder, unos pasos resonaron cerca.

Inmediatamente la expresión de la joven cambió.

Se alejó unos centímetros.

Margaret Pierce apareció desde el salón principal con la misma elegancia fría de siempre.

—Señorita Morgan, la cena comenzará pronto.

Sophia bajó la mirada y se marchó rápidamente sin despedirse.

Elena observó cómo desaparecía por otro pasillo.

Margaret notó su reacción.

—Sophia puede ser demasiado habladora a veces.

—Parecía amable.

—No está aquí para hacer amistades.

La respuesta fue seca.

Margaret comenzó a caminar hacia el comedor y Elena la siguió.

Mientras avanzaban, Elena decidió preguntar:

—¿Cuántas personas viven aquí?

—Depende de la temporada.

—¿Y quiénes son exactamente los residentes?

Margaret la miró apenas.

—Personas importantes.

Nada más.

El comedor principal parecía sacado de una película antigua.

Una mesa larguísima ocupaba el centro del salón bajo enormes lámparas doradas. Las ventanas mostraban únicamente oscuridad y nieve moviéndose afuera.

Cinco personas ya estaban sentadas.

Todos vestían ropa elegante.

Todos parecían observar a Elena en silencio.

Margaret habló con calma.

—Nuestra nueva cuidadora: Elena Morgan.

Nadie sonrió realmente.

Un hombre de cabello gris levantó apenas la vista de su copa de agua.

—Richard Hale —dijo con voz grave.

A su lado, una mujer rubia y extremadamente elegante inclinó ligeramente la cabeza.

—Rebecca Stone.

Otro hombre más joven permaneció revisando documentos incluso durante la presentación.

—Daniel Brooks.

Y al final de la mesa estaba una mujer mayor, de expresión severa.

—Vivian Clarke.

Elena intentó mostrarse tranquila.

—Mucho gusto.

Margaret señaló una silla vacía.

—Tome asiento.

La cena comenzó en silencio.

Aquello era incómodo.

Los residentes apenas hablaban entre ellos. Cuando lo hacían, utilizaban frases cortas y miradas discretas.

Elena intentó comer lentamente mientras observaba el ambiente.

Algo estaba mal.

No sabía exactamente qué, pero podía sentirlo.

Después de varios minutos, Richard Hale habló sin mirar directamente a Elena.

—¿Tiene familia, señorita Morgan?

La pregunta apareció de repente.

—No.

Richard levantó la vista lentamente.

—¿Nadie?

—Mis padres fallecieron hace unos meses.

Un silencio incómodo recorrió la mesa.

Rebecca Stone bebió un poco de agua antes de preguntar:

—¿Y amigos cercanos?

Elena dudó.

—No muchos.

Daniel Brooks finalmente levantó la mirada de sus documentos.

—Entonces nadie la esperará durante estos tres meses.

Margaret observó a Daniel inmediatamente.

—Eso es suficiente.

Pero Elena sintió algo extraño en aquella frase.

Como si estuvieran confirmando información importante.

Richard cambió de tema.

—Oakville recompensa la discreción y la obediencia. Mientras siga las reglas, tendrá una experiencia agradable aquí.

La forma en que pronunció "obediencia" hizo que Elena perdiera el apetito.

La cena terminó poco después.

Margaret acompañó a Elena fuera del comedor.

—Mañana comenzará oficialmente su trabajo. Sophia le mostrará las tareas básicas.

Elena asintió.

—¿Siempre son así?

—¿Así cómo?

—Callados.

Margaret acomodó lentamente sus guantes.

—Las personas poderosas valoran el silencio.

Luego se alejó.

Elena permaneció sola en el pasillo unos segundos.

Entonces escuchó nuevamente aquel ruido metálico.

Más fuerte esta vez.

Venía desde abajo.

Desde el subsuelo.

Miró hacia una puerta negra ubicada al final del corredor principal.

La puerta tenía un pequeño panel electrónico y una luz roja encendida.

RESTRICTED ACCESS.

Elena sintió curiosidad.

Demasiada curiosidad.

Comenzó a caminar lentamente hacia la puerta.

Paso a paso.

El ruido desapareció.

Cuando estaba a pocos metros, una voz masculina habló detrás de ella.

—No deberías acercarte ahí.

Elena se giró sobresaltada.

Un joven alto estaba de pie junto a la escalera lateral.

Cabello oscuro.

Chaqueta negra.

Mirada seria.

No parecía uno de los residentes.

Parecía empleado.

—Lo siento —dijo Elena—. Solo estaba mirando.

El joven observó la puerta unos segundos antes de responder.

—Eso hacen todos al principio.

—¿Trabajas aquí?

—Sí.

—Soy Elena.

Él dudó un instante.

—Liam.

Por primera vez desde que llegó al estate, alguien parecía genuinamente humano.

No frío.

No artificial.

Liam se acercó un poco más y habló en voz baja.

—Escucha cuidadosamente. Hay cosas en este lugar que es mejor no descubrir.

Elena intentó sonreír.

—Eso suena bastante aterrador.

Pero Liam no sonrió.

Ni siquiera un poco.

—Te lo digo en serio.

Elena sintió un escalofrío.

—¿Qué hay en el sótano?

Liam miró rápidamente hacia las cámaras del techo antes de responder.

—No hagas preguntas todavía.

—¿Por qué todos parecen asustados aquí?

Liam guardó silencio unos segundos.

Luego dijo algo que hizo que la piel de Elena se erizara.

—Porque las personas que hacen demasiadas preguntas no suelen quedarse mucho tiempo en Oakville.

Pasos se escucharon nuevamente cerca.

Liam se apartó inmediatamente.

Su expresión cambió.

Como si acabara de recordar que estaba siendo observado.

—Debes volver a tu habitación —dijo rápidamente.

—Liam—

—Solo sigue las reglas, Elena.

Y se marchó por el pasillo lateral.

Elena quedó inmóvil.

Su corazón latía más rápido ahora.

Las palabras de Liam no parecían una exageración.

Parecían una advertencia real.

Cuando regresó a su habitación, cerró la puerta lentamente y observó el lugar en silencio.

Demasiado elegante.

Demasiado perfecto.

Demasiado vacío.

Entonces notó algo sobre el escritorio.

Un pequeño sobre blanco.

No estaba ahí antes.

Elena se acercó lentamente.

No tenía nombre escrito.

Solo una frase corta hecha con tinta negra.

“NO CONFÍES EN NADIE.”

El corazón se le congeló.

Miró inmediatamente hacia la puerta.

Luego hacia la ventana.

Y finalmente hacia la pequeña cámara de seguridad instalada discretamente sobre el pasillo exterior, visible desde la abertura de la puerta.

Alguien había entrado a su habitación.

Mientras ella estaba cenando.

Y de repente, por primera vez desde que llegó a Oakville Estate…

Elena comprendió algo aterrador.

La estaban observando.

Capítulo 3 — El Pasillo sin Luz

El sobre blanco seguía sobre el escritorio.

Elena permanecía inmóvil frente a él, sintiendo cómo el frío recorría lentamente su espalda. La frase escrita con tinta negra parecía más pesada cada vez que la leía.

“NO CONFÍES EN NADIE.”

Miró alrededor de la habitación otra vez.

La cama perfectamente ordenada.

Las cortinas moviéndose suavemente por el viento.

La lámpara encendida junto al sillón.

Todo parecía normal.

Pero ya no se sentía normal.

Alguien había entrado mientras ella estaba abajo.

Alguien sabía exactamente dónde estaba.

Y peor aún…

Alguien quería advertirle algo.

Elena tomó el sobre lentamente. No había firma. No había más palabras dentro. Solo la nota.

Nada más.

Intentó convencerse de que quizá era una broma extraña del personal. Tal vez alguien quería asustar a la nueva empleada.

Pero en el fondo sabía que no era eso.

Había miedo detrás de esas palabras.

Miedo real.

Guardó el papel dentro de su bolso y caminó hacia la puerta. Dudó unos segundos antes de abrirla.

El pasillo estaba vacío.

Silencioso.

Las luces amarillas iluminaban las largas paredes decoradas con cuadros antiguos. El reloj del corredor marcaba las once y veinte de la noche.

Demasiado tarde para seguir despierta.

Demasiado temprano para dormir tranquila.

Elena cerró la puerta con cuidado y se acercó a la ventana. Desde allí podía ver una parte del jardín cubierto de nieve y las enormes rejas negras del estate.

Nada se movía afuera.

Parecía que el mundo entero había desaparecido alrededor de Oakville.

El aislamiento comenzaba a sentirse sofocante.

Se sentó sobre la cama intentando ordenar sus pensamientos.

Quizá Liam sabía algo importante.

Quizá Sophia también.

O quizá todos allí estaban atrapados en algún tipo de juego extraño creado por los residentes ricos.

Pero había otra posibilidad que la inquietaba aún más.

¿Y si el peligro era mucho peor de lo que imaginaba?

El cansancio terminó venciendo lentamente su ansiedad.

Cerca de la medianoche, Elena apagó la lámpara y se acostó.

El silencio llenó la habitación.

Un silencio profundo.

Pesado.

Incompleto.

Entonces escuchó algo.

CLANG.

Un sonido metálico distante.

Elena abrió los ojos inmediatamente.

El ruido parecía venir desde abajo.

Desde algún lugar bajo el piso.

Permaneció quieta escuchando.

Pasaron varios segundos.

Luego—

CLANG.

Esta vez más fuerte.

Como una puerta de metal cerrándose.

Elena se incorporó lentamente en la cama.

El corazón le latía rápido.

Intentó convencerse de que eran las viejas tuberías, tal como Margaret había dicho.

Pero aquello no sonaba como tuberías.

Sonaba como algo industrial.

Como maquinaria.

Se levantó despacio y caminó hacia la puerta.

Abrió apenas unos centímetros.

Oscuridad.

El pasillo estaba mucho más oscuro ahora. Solo algunas luces permanecían encendidas en la distancia.

Y entonces escuchó algo más.

Pasos.

Lentos.

Arrastrándose.

Elena contuvo la respiración.

Alguien caminaba en el corredor.

Las sombras se movían al final del pasillo.

Una figura apareció lentamente bajo la débil luz amarilla.

Era un hombre.

Vestido completamente de negro.

Llevaba una pequeña caja metálica en las manos.

Elena observó desde la abertura de la puerta mientras el hombre se detenía frente a una habitación cercana.

Miró alrededor cuidadosamente.

Luego abrió la puerta usando una tarjeta electrónica y desapareció dentro.

La puerta se cerró.

Todo volvió al silencio.

Elena esperó varios segundos antes de salir completamente.

El piso frío crujió bajo sus pies.

Caminó despacio hacia la habitación donde había entrado el hombre.

La puerta no tenía número.

Eso era extraño.

Todas las demás habitaciones sí tenían.

Acercó el oído lentamente.

Nada.

Ni voces.

Ni movimiento.

Solo silencio.

Entonces notó algo más.

La puerta tenía tres cerraduras electrónicas diferentes.

¿Quién necesitaba tanta seguridad dentro de una residencia privada?

De repente, una luz se encendió detrás de ella.

Elena se giró sobresaltada.

Sophia estaba de pie al otro lado del corredor.

Parecía nerviosa.

—¿Qué haces aquí? —susurró rápidamente.

—Escuché ruidos.

Sophia caminó hacia ella apresuradamente.

—No deberías salir de tu habitación por la noche.

—¿Por qué?

Sophia miró alrededor antes de responder.

—Porque aquí las personas escuchan más de lo que deberían.

Elena bajó la voz.

—Alguien entró a mi habitación esta noche.

Sophia abrió ligeramente los ojos.

—¿Qué?

—Dejaron una nota.

Por un segundo, el rostro de Sophia perdió color.

—¿Qué decía?

—"No confíes en nadie."

Sophia guardó silencio.

Demasiado silencio.

Elena la observó fijamente.

—¿Tú sabes algo, verdad?

Sophia tragó saliva.

—Solo… intenta mantenerte alejada de problemas.

—Eso no responde mi pregunta.

Antes de que Sophia pudiera hablar, ambas escucharon pasos acercándose.

Sophia retrocedió inmediatamente.

—Vuelve a tu habitación —susurró.

—Sophia—

—Ahora.

Un guardia de seguridad apareció doblando el corredor.

Alto.

Expresión fría.

Uniforme gris oscuro.

Observó a Elena unos segundos.

—La circulación nocturna está restringida para empleados.

Su voz era firme.

Casi automática.

Elena intentó mantener la calma.

—Lo siento. No podía dormir.

El guardia sostuvo su mirada demasiado tiempo.

Luego habló lentamente.

—Las reglas existen por una razón.

Sophia ya había desaparecido.

Elena regresó a su habitación sin decir nada más.

Cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella.

Su respiración estaba agitada.

Aquella mansión comenzaba a parecer una prisión elegante.

Y todos actuaban como si estuvieran escondiendo algo enorme.

A la mañana siguiente, Elena despertó después de dormir apenas unas horas.

La tormenta de nieve continuaba afuera.

Se vistió rápidamente y bajó al comedor pequeño para empleados.

Varias personas desayunaban en silencio.

Nadie hablaba demasiado.

Sophia estaba sentada sola cerca de la ventana.

Elena tomó una taza de café y se acercó.

—¿Puedo sentarme?

Sophia dudó antes de asentir.

Elena bajó la voz.

—Necesito saber qué está pasando aquí.

Sophia evitó mirarla.

—No es seguro hablar de eso.

—Entonces sí hay algo.

Sophia sostuvo la taza entre las manos temblorosas.

—Llevo seis meses trabajando aquí.

—¿Y?

—Las personas desaparecen.

Elena sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué quieres decir?

—Empleados. Guardias. Personal de limpieza. Un día están aquí… y al siguiente ya no.

—Tal vez renuncian.

Sophia levantó lentamente la mirada.

—Sin maletas.

Elena quedó en silencio.

Sophia continuó:

—Y nadie vuelve a mencionarlos.

Aquello hizo que el café le supiera amargo de repente.

—¿Has hablado con alguien más sobre esto?

—No.

—¿Ni con Liam?

El nombre hizo que Sophia se pusiera tensa.

—¿Conoces a Liam?

—Hablé con él anoche.

Sophia miró alrededor rápidamente.

—Escúchame bien, Elena. Si Liam intenta decirte algo… no hagas preguntas frente a las cámaras.

—¿Las cámaras tienen audio?

Sophia no respondió.

Eso ya era suficiente respuesta.

Un ruido fuerte interrumpió la conversación.

Las luces del comedor parpadearon por un instante.

Todos los empleados levantaron la cabeza automáticamente.

Luego el silencio volvió.

Como si aquello fuera normal.

Elena observó sus rostros.

Miedo.

Todos parecían vivir con miedo constante.

Después del desayuno, Margaret apareció para asignarle sus primeras tareas.

—Hoy supervisará el ala oeste del segundo piso —explicó mientras caminaban por el corredor principal—. Algunas habitaciones permanecen cerradas. No intente entrar.

—¿Por qué están cerradas?

—No es asunto suyo.

Margaret entregó una lista de tareas y continuó caminando.

Elena siguió trabajando durante varias horas revisando habitaciones vacías, cambiando inventarios y organizando documentos.

Todo parecía relativamente normal.

Hasta que llegó al final del ala oeste.

Allí encontró un corredor estrecho que no aparecía en los planos que Margaret le había dado.

Las luces estaban apagadas.

Un pequeño cartel metálico colgaba sobre la entrada:

ACCESO RESTRINGIDO.

Elena sintió curiosidad.

Miró hacia ambos lados.

Nadie.

El silencio del estate era absoluto.

Sacó la pequeña linterna de su bolsillo y avanzó lentamente.

El corredor era largo y frío.

Las paredes de piedra reemplazaban la decoración elegante del resto de la mansión.

Parecía una parte mucho más antigua del edificio.

Las puertas estaban cerradas con candados electrónicos.

Elena caminó despacio mientras escuchaba únicamente el sonido de sus propios pasos.

Entonces ocurrió.

Un ruido.

Muy suave.

Como un golpe.

Provenía del final del pasillo.

Elena congeló su respiración.

Otro golpe.

Esta vez más claro.

TOC.

TOC.

Parecía venir detrás de una puerta negra ubicada al fondo.

El corazón comenzó a latirle con fuerza.

Se acercó lentamente.

La puerta tenía marcas de arañazos alrededor de la cerradura.

Como si alguien hubiera intentado abrirla desesperadamente.

Entonces escuchó algo imposible.

Una voz.

Muy débil.

—¿Hola…?

Elena sintió que la sangre abandonaba su rostro.

La voz volvió a escucharse.

—¿Hay alguien ahí…?

Era un hombre.

Débil.

Asustado.

Encerrado.

Elena dio un paso hacia atrás.

No podía ser real.

No podía haber alguien encerrado dentro de Oakville Estate.

Pero antes de reaccionar, todas las luces del corredor se encendieron de golpe.

Elena se cubrió los ojos por instinto.

Y una voz fría habló detrás de ella.

—Señorita Morgan…

Elena se giró lentamente.

Margaret Pierce estaba de pie al inicio del pasillo oscuro.

Observándola.

Sin expresión.

—Creo que no entendió las reglas.

Capítulo 4 — La Advertencia de Liam

El corazón de Elena latía con tanta fuerza que apenas podía escuchar otra cosa.

Margaret Pierce permanecía inmóvil al inicio del pasillo oscuro, observándola con aquella expresión fría que parecía imposible de leer.

Las luces blancas del corredor iluminaban ahora las paredes de piedra, las puertas metálicas y el rostro pálido de Elena.

Por un instante, nadie habló.

Elena intentó mantener la calma.

—Yo… me perdí —dijo finalmente.

Margaret caminó lentamente hacia ella.

Sus tacones resonaban sobre el suelo de concreto.

—Las áreas restringidas existen por una razón, señorita Morgan.

Elena tragó saliva.

Intentó parecer tranquila.

—Escuché un ruido y pensé que quizá había alguien herido.

Margaret se detuvo frente a la puerta negra del fondo.

—Aquí abajo solo hay archivos antiguos y sistemas de mantenimiento.

La respuesta llegó demasiado rápido.

Como si ya estuviera preparada.

Elena miró discretamente la puerta.

Silencio absoluto ahora.

La voz había desaparecido.

Margaret sostuvo la mirada de Elena durante varios segundos antes de extender la mano.

—Su tarjeta.

—¿Qué?

—La tarjeta de acceso.

Elena dudó apenas un instante antes de entregarla.

Margaret la guardó dentro del bolsillo de su abrigo.

—A partir de hoy tendrá acceso limitado únicamente a las áreas autorizadas.

Aquello sonó más como un castigo que como una norma.

Margaret comenzó a caminar de regreso hacia el corredor principal.

—Sígame.

Elena obedeció en silencio.

Mientras avanzaban, sintió una extraña sensación detrás de ella.

Como si alguien estuviera observándola desde las puertas cerradas.

Como si hubiera ojos escondidos bajo el suelo de Oakville Estate.

Cuando finalmente salieron del corredor prohibido, Margaret habló sin detenerse.

—La curiosidad puede ser peligrosa.

—No intentaba causar problemas.

—Eso espero.

Margaret se giró lentamente.

—Las personas que trabajan aquí tienen dos opciones: obedecer… o marcharse.

Elena sintió un pequeño alivio al escuchar eso.

—Entonces puedo irme si quiero.

Margaret sonrió apenas.

Pero aquella sonrisa no transmitía amabilidad.

—Claro.

La forma en que lo dijo hizo que Elena comprendiera algo incómodo.

Salir de Oakville quizá no era tan sencillo.

—

El resto del día transcurrió bajo una tensión insoportable.

Cada vez que Elena cruzaba un pasillo sentía las cámaras siguiéndola.

Cada vez que algún empleado bajaba la mirada al verla, su ansiedad aumentaba un poco más.

Incluso el enorme comedor parecía distinto ahora.

Más frío.

Más vacío.

Durante la cena, los residentes apenas hablaron.

Richard Hale revisaba documentos mientras Rebecca Stone bebía té en silencio. Daniel Brooks escribía algo en una tablet oscura conectada a una red privada.

Elena observó discretamente la pantalla.

Por un segundo alcanzó a ver varios nombres y fotografías organizados como perfiles digitales.

Luego Daniel cerró el dispositivo inmediatamente.

Notó que Elena estaba mirando.

—La privacidad es importante aquí —dijo con voz tranquila.

Elena apartó la vista.

—Lo siento.

Daniel sonrió levemente.

Pero sus ojos permanecieron completamente fríos.

Después de la cena, Elena decidió regresar directamente a su habitación.

Ya no quería explorar.

Ya no quería hacer preguntas.

Al menos no sola.

Mientras subía las escaleras principales, escuchó una voz baja detrás de ella.

—No mires atrás.

Era Liam.

Elena siguió caminando sin girarse.

—Camina normalmente —continuó él—. Las cámaras están mirando.

Elena sintió un escalofrío.

Liam apareció unos pasos detrás de ella sosteniendo una caja de herramientas para aparentar normalidad.

—Escúchame con atención —susurró—. Nos quedan pocos minutos.

—¿Qué está pasando aquí?

—No aquí arriba.

Liam pasó junto a ella sin detenerse.

—Dentro de diez minutos ve a la lavandería del ala sur. Sola.

Y desapareció bajando otra escalera.

Elena permaneció quieta unos segundos.

La ansiedad crecía dentro de su pecho.

Sabía que podía ser una trampa.

Pero también sabía que Liam era la única persona que parecía querer ayudarla.

Diez minutos después, Elena caminaba por el ala sur fingiendo buscar suministros de limpieza.

La lavandería estaba casi vacía.

Solo se escuchaba el sonido constante de las máquinas industriales.

Liam apareció desde una puerta lateral y cerró rápidamente detrás de él.

—Habla bajo.

Elena lo observó fijamente.

—Quiero respuestas.

Liam parecía agotado.

Ojeras profundas.

Manos tensas.

Miraba constantemente hacia la puerta.

—¿Qué viste en el pasillo prohibido?

—Escuché una voz.

Liam cerró los ojos por un segundo.

Como si hubiera esperado esa respuesta.

—Entonces ya empezaron contigo.

—¿Qué significa eso?

Liam dio un paso más cerca.

—Oakville no es solo una residencia privada.

—Ya lo imaginé.

—Las personas que viven aquí son peligrosas.

—¿Criminales?

Liam dudó.

—Mucho peor.

Elena sintió el aire más pesado.

—Necesito que me expliques la verdad.

Liam respiró profundamente antes de hablar.

—Hace dos años trabajaba en ciberseguridad en Boston. Perdí mi empleo después de denunciar corrupción financiera en una empresa tecnológica. Tenía deudas. Ninguna familia cercana. Entonces recibí una oferta para venir aquí.

La historia sonaba demasiado parecida a la de Elena.

Demasiado.

—¿Y aceptaste?

—Sí. Igual que todos.

Elena sintió un nudo en el estómago.

—¿Todos?

—Los empleados que desaparecieron.

Las máquinas seguían funcionando detrás de ellos mientras Liam continuaba hablando en voz baja.

—Oakville busca personas solas. Personas que nadie vaya a buscar.

Las palabras golpearon a Elena como hielo.

—¿Por qué?

Liam observó directamente a las cámaras apagadas del rincón.

—Porque nos utilizan.

—¿Utilizan para qué?

Liam dudó nuevamente.

Parecía luchar consigo mismo antes de responder.

—Robo de identidad. Fraudes financieros. Ataques digitales. Lavado de dinero.

Elena abrió lentamente los ojos.

—No…

—Sí.

Liam bajó aún más la voz.

—Los residentes controlan una red criminal enorme. Cuando realizan delitos cibernéticos internacionales, crean pruebas falsas usando identidades robadas.

Elena sintió que las piernas le temblaban.

—¿Las nuestras?

Liam asintió.

—Abren cuentas bancarias a nuestros nombres. Crean historiales digitales. Plantan evidencia en computadoras y servidores externos.

—Eso es imposible.

—No lo es para gente con dinero ilimitado.

Elena recordó la tablet de Daniel.

Los perfiles digitales.

Las preguntas sobre su familia.

La prohibición del internet.

Todo comenzaba a tener sentido.

Y era aterrador.

—¿Qué pasa después? —preguntó con voz débil.

Liam permaneció en silencio unos segundos.

Luego respondió:

—Cuando terminan de usar a alguien… esa persona desaparece.

Elena sintió un frío recorrerle todo el cuerpo.

—¿Los matan?

Liam no respondió directamente.

Pero sus ojos dijeron suficiente.

Elena retrocedió lentamente.

—Dios mío…

—Necesitas salir de aquí antes de que sea demasiado tarde.

—Entonces vámonos.

Liam soltó una risa amarga.

Sin alegría.

—No es tan simple.

—¿Por qué no?

—Porque ya tienen toda tu información.

Elena sintió miedo verdadero por primera vez.

No ansiedad.

No sospecha.

Miedo.

Liam continuó:

—Cuando firmas el contrato, les entregas acceso completo a tu identidad legal. Seguridad social. Historial financiero. Datos biométricos.

—Eso no puede ser legal.

—A ellos no les importa la ley.

Un ruido metálico sonó afuera de la lavandería.

Ambos guardaron silencio inmediatamente.

Pasos.

Alguien caminaba cerca.

Liam habló rápido.

—Escúchame. Hay servidores ocultos bajo el estate. Ahí guardan toda la información robada.

—¿En el sótano?

—Sí.

—Entonces debemos conseguir pruebas.

Liam negó rápidamente.

—No entiendes el peligro.

—¿Y qué otra opción tengo?

Liam la observó con preocupación real.

—Sobrevivir.

Los pasos se alejaron lentamente.

Elena respiró otra vez.

—¿Cuánto tiempo llevas atrapado aquí?

—Once meses.

—¿Por qué no escapaste?

Liam bajó la mirada.

—Lo intenté.

El silencio llenó la habitación.

—¿Qué pasó?

Liam levantó lentamente la manga de su camisa.

Había una cicatriz larga atravesando su brazo.

Elena sintió el estómago cerrarse.

—Me encontraron antes de llegar a la carretera.

—¿Quiénes?

—Los guardias privados de Hale.

Elena recordó inmediatamente los enormes portones y el bosque interminable alrededor del estate.

Aislamiento total.

Perfecto para controlar personas.

Liam volvió a bajar la manga rápidamente.

—Desde entonces finjo obedecer.

—¿Y nadie sospecha de ti?

—Todos sospechan de todos aquí.

Aquella frase quedó suspendida entre ambos.

Entonces Liam sacó algo pequeño de su bolsillo.

Una llave metálica.

Vieja.

Oxidada.

—¿Qué es eso?

—Una llave del antiguo archivo subterráneo.

Elena lo observó sorprendida.

—¿Cómo la conseguiste?

—No importa.

Liam colocó la llave en la mano de Elena.

—Si algo me pasa, necesitarás esto.

Elena sintió un escalofrío inmediato.

—¿Por qué dices eso?

Liam parecía inquieto.

Muy inquieto.

—Porque creo que están preparándose para algo grande.

—¿Qué tipo de cosa?

—Daniel lleva días trabajando sin dormir. Hay movimiento constante en los servidores. Nuevos nombres aparecieron en el sistema esta semana.

Elena entendió lentamente.

—Mi nombre.

Liam asintió.

—Creo que te eligieron para el próximo operativo.

El miedo apretó el pecho de Elena.

—¿Qué harán conmigo?

—No lo sé exactamente. Pero cuando empiezan a construir una nueva identidad falsa… significa que alguien pronto será sacrificado.

Antes de que Elena pudiera responder, las luces de la lavandería parpadearon.

Ambos levantaron la cabeza.

Un sonido electrónico se escuchó desde los altavoces del techo.

"Liam Carter. Preséntese inmediatamente en la sala de control."

El rostro de Liam perdió color.

—No…

Elena sintió el miedo reflejado en sus ojos.

—¿Qué ocurre?

Liam retrocedió lentamente.

—Nunca me llaman directamente.

El altavoz volvió a sonar.

"Liam Carter. Sala de control. Ahora."

El silencio posterior fue insoportable.

Liam respiraba rápido.

Como alguien que acababa de comprender que algo terrible estaba por ocurrir.

Miró a Elena fijamente.

—Escúchame muy bien.

—Liam—

—Si mañana desaparezco… no creas nada de lo que digan.

Elena sintió un nudo en la garganta.

—No digas eso.

Liam dio un paso hacia la puerta.

—Y nunca olvides esto…

Se detuvo apenas un instante.

Luego habló con una voz casi rota.

—Oakville no deja ir a las personas que conocen la verdad.

Y entonces abrió la puerta.

Y desapareció en el pasillo oscuro.

Capítulo 5 — La Desaparición

La puerta de la lavandería seguía moviéndose lentamente después de que Liam desapareció por el pasillo.

Elena permaneció inmóvil.

Su respiración era rápida.

El silencio de Oakville volvía a sentirse pesado, como si las paredes mismas escucharan cada pensamiento.

Aún sostenía la pequeña llave oxidada en la mano.

Fría.

Vieja.

Importante.

La guardó rápidamente dentro del bolsillo de su abrigo justo cuando escuchó pasos acercándose.

Un empleado apareció empujando un carrito lleno de sábanas limpias. Apenas miró a Elena antes de continuar su camino.

Todo parecía normal.

Y eso era lo más aterrador.

Porque bajo aquella apariencia elegante y tranquila, Elena ya conocía la verdad.

O al menos una parte de ella.

Regresó a su habitación intentando actuar con normalidad.

Las cámaras seguían observando desde las esquinas.

Siempre presentes.

Cuando finalmente cerró la puerta detrás de ella, caminó directamente hacia la ventana.

La nieve seguía cayendo sobre los jardines oscuros de Oakville Estate.

El bosque alrededor parecía infinito.

No había señales de carreteras.

Ni luces de otras casas.

Nada.

Era el lugar perfecto para desaparecer.

Elena apoyó lentamente la frente contra el vidrio frío.

Pensó en Liam.

En la cicatriz de su brazo.

En el miedo que había visto en sus ojos al escuchar aquella llamada.

Y entonces una idea horrible apareció en su mente.

¿Y si ya no volvía?

—

Esa noche Elena no pudo dormir.

Cada pequeño ruido la hacía abrir los ojos.

Las tuberías.

El viento.

Pasos lejanos en los corredores.

A las dos de la madrugada volvió a escuchar el sonido metálico proveniente del subsuelo.

CLANG.

Luego otro.

CLANG.

Cerró los ojos con fuerza.

Intentó ignorarlo.

Pero ahora sabía que algo ocurría debajo de Oakville.

Algo relacionado con los servidores, las identidades robadas… y las personas desaparecidas.

Cerca de las tres de la mañana finalmente logró quedarse dormida.

Y soñó con Liam.

Corría por el bosque bajo una tormenta de nieve mientras alguien lo perseguía entre los árboles.

Intentaba gritar su nombre.

Pero ningún sonido salía de su boca.

Entonces Liam se giraba lentamente hacia ella.

Y había sangre sobre la nieve.

Elena despertó sobresaltada.

El reloj marcaba las 6:17 AM.

Respiró agitadamente mientras intentaba separar el sueño de la realidad.

La habitación estaba fría.

Demasiado fría.

Se levantó rápidamente y se preparó para bajar al comedor de empleados.

Necesitaba ver a Liam.

Necesitaba comprobar que seguía allí.

—

El comedor olía a café recién hecho y pan caliente.

Varios empleados desayunaban en silencio, igual que todas las mañanas.

Sophia estaba sentada cerca de la ventana.

Pero Liam no estaba.

Elena intentó no alarmarse.

Quizá trabajaba temprano.

Quizá Margaret lo había enviado a otra parte del estate.

Tomó una bandeja y se sentó frente a Sophia.

—¿Has visto a Liam esta mañana?

Sophia levantó la mirada lentamente.

Algo en su expresión cambió de inmediato.

—¿Por qué preguntas eso?

—Solo quiero hablar con él.

Sophia dejó lentamente la taza sobre la mesa.

—Elena…

Aquella reacción fue suficiente para hacer que el corazón de Elena se acelerara.

—¿Qué pasa?

Sophia dudó.

Luego habló en voz baja.

—Liam no apareció hoy.

Elena sintió un vacío inmediato en el estómago.

—Tal vez está enfermo.

Sophia negó lentamente.

—Nunca falta sin avisar.

El comedor pareció quedarse aún más silencioso.

Elena observó alrededor.

Nadie mencionaba su ausencia.

Nadie parecía sorprendido.

Como si aquello ya hubiera ocurrido antes.

Entonces Margaret Pierce entró al comedor.

Elegante.

Perfectamente tranquila.

Los empleados bajaron la mirada automáticamente.

Margaret habló con naturalidad.

—Liam Carter abandonó Oakville esta madrugada por motivos personales.

La frase cayó sobre el comedor como una piedra.

Nadie reaccionó.

Nadie preguntó nada.

Solo silencio.

Elena sintió rabia mezclada con miedo.

Era exactamente lo que Liam había dicho.

“Si desaparezco… no creas nada de lo que digan.”

Margaret continuó hablando.

—A partir de hoy algunas tareas serán redistribuidas temporalmente.

Luego su mirada se detuvo brevemente sobre Elena.

Solo un segundo.

Pero Elena entendió el mensaje.

Te estamos observando.

Margaret salió del comedor.

Y el silencio regresó inmediatamente.

Sophia apenas susurró:

—Ya empezó.

Elena la miró fijamente.

—¿Qué significa eso?

Sophia parecía aterrorizada.

—Siempre hacen lo mismo.

—¿Qué le hicieron?

—No aquí —susurró rápidamente—. Las cámaras.

Elena apretó los dientes.

Todo el lugar parecía una enorme prisión vigilada.

Después del desayuno, Elena recibió nuevas tareas en el ala norte.

Mientras organizaba documentos en una oficina vacía, no podía dejar de pensar en Liam.

Algo había ocurrido anoche después de aquella llamada.

Y si Liam realmente había intentado ayudarla…

Entonces probablemente estaba muerto.

La idea le revolvió el estómago.

A media mañana, Elena decidió arriesgarse.

Necesitaba encontrar alguna señal.

Algo que demostrara que Liam había existido realmente.

Comenzó revisando discretamente el área del personal.

Habitación por habitación.

Finalmente encontró la puerta de Liam al final de un corredor secundario.

Pero algo estaba mal.

La puerta estaba abierta.

Dos empleados limpiaban el interior.

Todas las pertenencias habían desaparecido.

La cama perfectamente ordenada.

Los cajones vacíos.

Como si nadie hubiera vivido allí jamás.

Elena sintió un escalofrío.

Uno de los empleados la observó nerviosamente.

—No debería estar aquí.

—Solo buscaba a Liam.

El hombre bajó la mirada.

—El señor Carter ya no trabaja en Oakville.

La frase sonó mecánica.

Aprendida.

Elena dio un paso dentro de la habitación.

Entonces lo vio.

Debajo de la cama.

Un pequeño trozo de papel.

Apenas visible.

Elena lo recogió rápidamente antes de que los empleados lo notaran.

Luego salió sin decir nada más.

El corazón le latía con fuerza mientras caminaba de regreso al corredor principal.

Esperó hasta entrar a un baño vacío para abrir el papel.

Era un fragmento arrancado de una hoja más grande.

Solo había una frase escrita apresuradamente.

“NO BAJES SOLO.”

Elena cerró los ojos.

Liam.

Definitivamente era Liam.

La advertencia hizo que el miedo creciera aún más dentro de ella.

Porque significaba dos cosas.

Primero: Liam había dejado el mensaje antes de desaparecer.

Y segundo…

Sabía que Elena intentaría ir al subsuelo.

—

Aquella tarde, la tormenta empeoró.

La nieve golpeaba las enormes ventanas mientras el cielo se volvía cada vez más oscuro.

Oakville parecía completamente aislado del mundo.

Durante la cena, los residentes actuaron como si nada hubiera ocurrido.

Richard Hale hablaba sobre inversiones financieras.

Rebecca Stone revisaba documentos.

Daniel Brooks escribía algo rápidamente en su tablet.

Pero Elena comenzó a notar detalles extraños.

Daniel parecía agotado.

Había ojeras bajo sus ojos.

Y sobre la mesa, junto a sus documentos, Elena alcanzó a leer algo antes de que él moviera una carpeta.

"MORGAN, ELENA — PHASE 1 ACTIVE"

El aire abandonó sus pulmones.

Daniel levantó la vista inmediatamente.

Sus ojos se encontraron.

Elena apartó la mirada rápido.

Demasiado tarde.

Daniel ya sabía que ella había visto algo.

La tensión duró varios segundos.

Entonces Richard Hale habló tranquilamente desde el otro extremo de la mesa.

—¿Se está adaptando bien a Oakville, señorita Morgan?

Elena forzó una sonrisa.

—Sí.

—Eso es bueno.

Richard tomó lentamente un sorbo de agua.

—La estabilidad es importante para las personas… solas.

Aquella palabra volvió a golpearla.

Solas.

Como si todos allí hubieran sido elegidos exactamente por eso.

Porque nadie los buscaría.

La cena terminó poco después.

Cuando Elena salió al corredor principal, notó algo extraño.

Dos guardias privados caminaban hacia la puerta del subsuelo.

Llevaban bolsas negras grandes.

Pesadas.

Uno de ellos vio a Elena observando.

Inmediatamente cerraron la puerta metálica detrás de ellos.

Elena sintió náuseas.

No quería imaginar qué había dentro de aquellas bolsas.

Esa noche, Sophia apareció frente a su habitación poco antes de medianoche.

Golpeó la puerta muy suavemente.

Elena abrió rápidamente.

Sophia parecía pálida.

Más asustada que nunca.

—Necesito mostrarte algo.

—¿Qué ocurre?

Sophia miró hacia el pasillo antes de entrar.

Cerró la puerta.

Luego sacó un pequeño dispositivo USB escondido dentro de la manga.

—Liam me dio esto hace semanas.

Elena observó el objeto sorprendida.

—¿Qué contiene?

—No lo sé exactamente. Nunca tuve valor para revisarlo.

—¿Por qué me lo das ahora?

Sophia tragó saliva.

—Porque creo que Liam sabía que algo iba a pasarle.

Elena tomó el USB lentamente.

—¿Hay alguna computadora sin vigilancia aquí?

Sophia negó rápidamente.

—Todas están monitoreadas.

—Entonces, ¿cómo lo revisamos?

Sophia dudó unos segundos.

—Hay una antigua oficina de mantenimiento en el nivel inferior. Algunas cámaras dejaron de funcionar ahí hace años.

Nivel inferior.

Otra vez el subsuelo.

Elena recordó la llave oxidada en su bolsillo.

Recordó la advertencia de Liam.

"No bajes solo."

Sophia observó la puerta nerviosamente.

—Elena… si hacemos esto, no habrá vuelta atrás.

Elena miró el USB entre sus manos.

Luego pensó en Liam desapareciendo.

Pensó en las identidades robadas.

En las personas que nunca salieron de Oakville.

Y comprendió algo importante.

Ya no estaba intentando conservar un empleo.

Estaba intentando sobrevivir.

Entonces levantó lentamente la mirada hacia Sophia.

Y dijo las palabras que cambiarían todo.

—Esta noche bajaremos al subsuelo.

Capítulo 6 — Sombras Bajo el Suelo

La tormenta empeoraba sobre Oakville Estate.

El viento golpeaba las ventanas como si intentara entrar por la fuerza, mientras la nieve cubría lentamente los jardines y los caminos exteriores. Desde los pasillos silenciosos de la mansión, el mundo parecía lejano y completamente muerto.

Elena cerró lentamente la puerta de su habitación después de que Sophia entró.

Ambas permanecieron en silencio unos segundos.

El pequeño dispositivo USB descansaba sobre la mesa junto a la lámpara encendida.

Sophia no dejaba de mirar hacia la puerta.

Nerviosa.

Asustada.

—¿Estás segura de esto? —susurró finalmente.

Elena respiró profundamente.

La verdad era simple: no estaba segura de nada.

Pero Liam había desaparecido.

Y cada minuto que pasaba hacía más evidente que Oakville escondía algo monstruoso bajo aquella apariencia elegante.

—No podemos seguir fingiendo que todo es normal —respondió Elena.

Sophia bajó la mirada.

—Las personas que investigan demasiado aquí… terminan desapareciendo.

Elena sintió un escalofrío inmediato.

—Ya estamos en peligro aunque no hagamos nada.

Aquella frase llenó la habitación de un silencio incómodo.

Porque ambas sabían que era verdad.

Sophia se acercó lentamente a la ventana.

Afuera, la oscuridad cubría las montañas como un océano negro.

—La oficina de mantenimiento está debajo del ala oeste —explicó en voz baja—. Hay un viejo corredor que casi nadie usa desde hace años.

—¿Y las cámaras?

—Algunas funcionan. Otras no.

Elena sacó la pequeña llave oxidada del bolsillo de su abrigo.

Sophia abrió los ojos al verla.

—¿Dónde conseguiste eso?

—Liam me la dio antes de desaparecer.

Sophia observó la llave unos segundos.

—Entonces realmente confiaba en ti.

El comentario hizo que Elena sintiera una mezcla extraña de tristeza y culpa.

Había conocido a Liam apenas unos días antes.

Y aun así…

Él había intentado salvarla.

—

Cerca de la medianoche, ambas salieron silenciosamente de la habitación.

Los pasillos estaban oscuros y vacíos.

Solo algunas lámparas permanecían encendidas entre las enormes pinturas antiguas y las paredes de mármol.

Elena podía escuchar claramente sus propios latidos.

Cada cámara en el techo parecía seguirlas mientras caminaban.

Sophia avanzaba rápido.

Como alguien que conocía muy bien el peligro de detenerse demasiado tiempo.

Bajaron una escalera secundaria ubicada detrás de la cocina principal.

El aire comenzó a sentirse más frío.

Más húmedo.

Las paredes elegantes desaparecieron lentamente, reemplazadas por concreto gris y tuberías metálicas.

El sonido de la tormenta quedó lejos.

Ahora solo existía el silencio.

Y un zumbido eléctrico distante proveniente de algún lugar bajo tierra.

Sophia se detuvo frente a una puerta metálica antigua.

—Después de aquí empiezan las áreas restringidas.

Elena sostuvo la llave con fuerza.

—Entonces entremos.

Sophia tragó saliva.

—Todavía podemos regresar.

Pero Elena negó lentamente.

—Liam no desapareció por accidente.

El silencio posterior confirmó que Sophia también lo sabía.

Elena introdujo la llave oxidada en la cerradura.

Por un instante pensó que no funcionaría.

Entonces—

CLICK.

La puerta se abrió lentamente.

Un corredor oscuro apareció frente a ellas.

Frío.

Estrecho.

Interminable.

Sophia encendió una pequeña linterna.

Las luces revelaron paredes viejas de piedra y cables eléctricos recorriendo el techo.

Parecía otra construcción completamente distinta escondida bajo Oakville.

Como si el verdadero estate existiera debajo de la mansión lujosa.

Ambas comenzaron a caminar despacio.

Cada paso producía ecos inquietantes.

Elena observó varias puertas metálicas cerradas mientras avanzaban.

Algunas tenían códigos electrónicos.

Otras simples números pintados en rojo.

Sala B-12.

Archivo C-7.

Acceso Técnico.

Todo parecía organizado como una instalación industrial secreta.

No como el sótano de una residencia privada.

Entonces Elena escuchó algo.

Un sonido breve.

Como un golpe.

Se detuvo inmediatamente.

—¿Escuchaste eso? —susurró.

Sophia asintió lentamente.

Ambas guardaron silencio.

Nada.

Solo el zumbido lejano de máquinas.

Siguieron avanzando.

El corredor giró hacia la derecha y descendió aún más.

El aire se volvió más pesado.

Más caliente.

Entonces comenzaron a escuchar voces.

Muy débiles.

Elena apagó inmediatamente la linterna.

Las dos se escondieron detrás de unas tuberías oxidadas.

Pasos.

Dos hombres caminaban por el corredor cercano.

Vestían uniformes de seguridad negros.

—Hale quiere los archivos listos antes del viernes —dijo uno de ellos.

—¿Y la nueva chica?

—Brooks todavía está construyendo su perfil.

Elena sintió el corazón acelerarse.

Hablaban de ella.

Los hombres continuaron caminando.

—¿Qué pasó con Carter?

El segundo guardia guardó silencio unos segundos.

Luego respondió:

—No hagas preguntas innecesarias.

Los pasos se alejaron lentamente.

Sophia soltó el aire que estaba conteniendo.

Elena sintió las manos heladas.

Liam.

Definitivamente le había ocurrido algo.

Cuando el corredor volvió a quedar vacío, continuaron avanzando.

Finalmente llegaron a una puerta gris parcialmente abierta.

Sophia señaló el interior.

—La oficina de mantenimiento.

Entraron rápidamente.

La habitación era pequeña y polvorienta.

Había herramientas antiguas, monitores apagados y una computadora vieja conectada a varios cables.

Elena cerró la puerta lentamente.

—¿Funciona?

Sophia asintió.

—A veces.

Elena encendió el monitor.

La computadora tardó casi un minuto completo en iniciar.

El ruido del viejo sistema parecía demasiado fuerte dentro del silencio subterráneo.

Finalmente apareció la pantalla principal.

Sophia entregó el USB.

Elena lo conectó lentamente.

Varias carpetas aparecieron de inmediato.

ARCHIVOS INTERNOS.

IDENTIDADES.

TRANSFERENCIAS.

OBJETIVOS ACTIVOS.

El aire pareció desaparecer de la habitación.

Elena abrió la última carpeta.

Y vio decenas de fotografías.

Hombres.

Mujeres.

Empleados de Oakville.

Cada archivo incluía información personal completa.

Números de seguridad social.

Cuentas bancarias.

Historial médico.

Perfiles psicológicos.

Algunos nombres estaban marcados en rojo con una sola palabra:

"CERRADO."

Sophia llevó una mano a su boca.

—Dios mío…

Elena sintió náuseas.

Aquello no era solamente robo de identidad.

Era una fábrica de víctimas.

Entonces encontró una carpeta nueva.

"MORGAN_ELENA."

Las manos comenzaron a temblarle.

Abrió el archivo.

Su fotografía apareció inmediatamente en pantalla.

Habían recopilado todo sobre ella.

Deudas.

Universidad.

Historial laboral.

Incluso fotografías privadas extraídas de sus redes sociales antiguas.

Pero había algo peor.

Mucho peor.

Un documento titulado:

“FASE FINAL — RESPONSABILIDAD OPERATIVA.”

Elena abrió el archivo lentamente.

Y el mundo pareció detenerse.

El documento describía un plan detallado para vincularla digitalmente a un futuro ataque cibernético internacional.

Cuentas falsas.

Transacciones ilegales.

Servidores remotos.

Todo preparado usando su identidad.

Cuando el ataque ocurriera…

Ella sería la principal sospechosa.

La única culpable.

Sophia retrocedió lentamente.

—Te van a incriminar.

Elena apenas podía respirar.

Ahora entendía todo.

Por qué elegían personas solas.

Por qué prohibían internet.

Por qué nadie salía de Oakville.

Porque los muertos no podían defenderse.

Entonces apareció otro archivo automáticamente en pantalla.

VIDEO_RECOVERY_LC.

Las iniciales de Liam Carter.

Elena hizo clic inmediatamente.

La imagen mostró una habitación blanca iluminada por focos intensos.

Liam estaba sentado frente a una mesa metálica.

Herido.

Su rostro tenía golpes visibles.

Elena sintió el estómago congelarse.

Una voz fuera de cámara habló:

"Última oportunidad, señor Carter."

Liam levantó lentamente la cabeza.

Tenía miedo.

Pero también rabia.

—Nunca van a detenerla.

La voz respondió fríamente:

"No entiende su situación."

Entonces el video terminó abruptamente.

La pantalla quedó negra.

Sophia comenzó a llorar en silencio.

Elena apartó lentamente las manos del teclado.

Liam estaba vivo cuando grabaron eso.

O al menos lo estaba entonces.

Un ruido metálico repentino resonó afuera de la oficina.

Ambas se congelaron.

Pasos.

Muy cerca.

Sophia apagó inmediatamente el monitor.

Oscuridad total.

Los pasos se acercaban lentamente por el corredor.

Elena sintió el terror apretando su pecho.

Alguien estaba allí afuera.

Y parecía dirigirse directamente hacia la puerta.

Capítulo 7 — Archivos Enterrados

Los pasos se detuvieron justo frente a la puerta.

Elena sintió cómo el miedo le paralizaba el cuerpo.

La pequeña oficina de mantenimiento estaba completamente oscura. Solo una delgada línea de luz entraba por debajo de la puerta metálica.

Sophia permanecía inmóvil junto a la pared, respirando con dificultad.

Afuera, alguien seguía allí.

Esperando.

Elena apretó con fuerza el dispositivo USB dentro de su bolsillo mientras intentaba controlar su respiración.

Entonces escucharon un sonido.

BEEP.

Como una tarjeta electrónica siendo utilizada cerca del corredor.

Después…

Silencio.

Los segundos parecieron eternos.

Finalmente los pasos volvieron a moverse lentamente hasta desaparecer en la distancia.

Sophia soltó el aire temblando.

—Creí que nos habían encontrado…

Elena seguía escuchando atentamente.

Nada.

Solo el zumbido lejano de las máquinas ocultas bajo Oakville.

Después de un minuto completo, volvió a encender la computadora.

La pantalla iluminó nuevamente la habitación.

Y también el miedo reflejado en sus rostros.

—Debemos copiar todo esto —susurró Elena.

Sophia asintió rápidamente.

Elena comenzó a revisar los archivos más importantes mientras transfería documentos al USB.

Había cientos.

Tal vez miles.

Cada carpeta representaba una vida destruida.

Personas desaparecidas.

Identidades robadas.

Historias borradas.

Entonces encontró una sección llamada:

"ARCHIVOS CERRADOS."

El corazón comenzó a latirle más rápido.

Abrió la carpeta lentamente.

Decenas de nombres aparecieron organizados por fechas.

Todos antiguos empleados de Oakville.

Cada archivo tenía una fotografía y una etiqueta roja.

"SUICIDIO."

Elena sintió náuseas.

Abrió el primer documento.

Una mujer llamada Rachel Turner.

Veintisiete años.

Sin familiares cercanos.

Contratada como asistente temporal.

El reporte policial indicaba que había sido encontrada muerta en un motel de Chicago después de un supuesto fraude financiero internacional.

Pero algo no coincidía.

La fecha oficial de su muerte era tres semanas después de haber desaparecido de Oakville.

Otro archivo.

Michael Reyes.

Treinta años.

Problemas económicos.

Sin contacto familiar frecuente.

Acusado de lavado de dinero y hallado muerto en un automóvil abandonado.

Otro más.

Claire Donovan.

Suicidio.

Evidencia digital encontrada en sus dispositivos personales.

Elena sintió un escalofrío recorriendo su espalda.

Todos seguían el mismo patrón.

Personas solas.

Con dificultades económicas.

Perfectos chivos expiatorios.

Sophia observaba la pantalla con lágrimas en los ojos.

—Dios mío…

Elena abrió otro archivo.

Y se quedó inmóvil.

LIAM CARTER.

El aire desapareció de sus pulmones.

Sophia cubrió su boca inmediatamente.

—No…

El archivo aún no estaba marcado como "cerrado".

Eso significaba una sola cosa.

Liam seguía vivo.

O al menos oficialmente.

Elena abrió rápidamente el documento.

Había fotografías recientes de Liam dentro del estate.

Registros biométricos.

Conversaciones interceptadas.

Y una nota escrita por Daniel Brooks.

"SUJETO INESTABLE. POSIBLE RIESGO OPERATIVO."

Debajo aparecía otra línea.

"ELIMINACIÓN PROGRAMADA DESPUÉS DE TRANSFERENCIA."

Elena sintió el estómago congelarse.

Eliminación.

Ni siquiera intentaban ocultar lo que hacían.

Sophia retrocedió lentamente.

—Van a matarlo…

Elena cerró los ojos por un instante.

Liam había intentado ayudarlas aun sabiendo lo que podía ocurrirle.

Eso hacía que todo fuera aún peor.

Entonces notó algo extraño.

Había otra carpeta oculta dentro del perfil de Liam.

Sin título.

Solo números.

Elena la abrió.

Y encontró fotografías del subsuelo de Oakville.

Habitaciones secretas.

Servidores gigantescos.

Archivos físicos almacenados en enormes estanterías metálicas.

Pero una imagen hizo que Elena dejara de respirar por un segundo.

Era una fotografía tomada discretamente desde lejos.

Mostraba una sala blanca.

Y dentro de esa sala…

Había personas.

Encerradas.

Hombres y mujeres sentados frente a computadoras bajo vigilancia armada.

Elena abrió los ojos lentamente.

—No puede ser…

Sophia observó la imagen horrorizada.

—¿Los obligan a trabajar?

Elena siguió revisando las fotos.

Algunos rostros parecían agotados.

Asustados.

Otros simplemente vacíos.

Como si hubieran perdido toda esperanza.

Aquello ya no era solamente una red criminal.

Era una prisión.

Una operación organizada.

Y Oakville Estate era solo la fachada elegante.

El verdadero monstruo vivía debajo.

Entonces Elena encontró un documento diferente.

"PROYECTO MIRROR."

Abrió el archivo.

Era un informe interno firmado por Richard Hale y Daniel Brooks.

El documento explicaba el verdadero funcionamiento de la organización.

Elena comenzó a leer en voz baja:

—"Los sujetos seleccionados serán utilizados para absorber responsabilidad digital y legal relacionada con operaciones financieras internacionales…"

Sophia la miró aterrorizada.

Elena continuó leyendo.

—"Una vez completada la transferencia de identidad, el sujeto será neutralizado y clasificado como responsable único."

Neutralizado.

Otra palabra elegante para asesinato.

El documento también mencionaba algo aún más inquietante.

"FASE DE MIGRACIÓN COMPLETA PROGRAMADA PARA LA PRÓXIMA SEMANA."

Sophia tragó saliva.

—¿Qué significa migración?

Elena abrió otro archivo relacionado.

Y entonces entendió.

Sus manos comenzaron a temblar.

—Van a realizar un ataque cibernético enorme.

—¿Qué?

—Transferencias bancarias internacionales. Manipulación de mercados. Robo de datos corporativos…

Sophia parecía confundida.

—¿Y qué tiene que ver contigo?

Elena señaló la pantalla.

Su nombre aparecía repetidamente en los documentos.

"IDENTIDAD PRINCIPAL ASIGNADA: ELENA MORGAN."

El silencio llenó la oficina.

Porque ahora ya no había dudas.

Todo estaba preparado para convertirla en la culpable perfecta.

Y después…

La harían desaparecer igual que a los demás.

Un ruido distante interrumpió el momento.

CLANG.

El sonido metálico provenía de algún lugar más profundo del subsuelo.

Sophia dio un pequeño salto del susto.

Elena apagó rápidamente el volumen de la computadora.

Luego escucharon voces.

Muy débiles.

Pero más cercanas que antes.

Alguien hablaba en el corredor.

—…revisen el sector B otra vez.

Era un guardia.

Elena sintió el corazón acelerarse.

Los pasos comenzaron a acercarse lentamente.

Sophia miró desesperadamente alrededor.

—Tenemos que irnos.

Pero Elena negó.

—Aún no.

Abrió rápidamente otra carpeta.

Necesitaban pruebas suficientes.

Algo que pudiera destruir Oakville por completo.

Entonces encontró una sección llamada:

"ARCHIVOS FÍSICOS — NIVEL INFERIOR."

Había un mapa adjunto.

Elena abrió la imagen.

Mostraba una parte del subsuelo mucho más grande de lo que imaginaban.

Corredores ocultos.

Salas privadas.

Áreas de servidores.

Y al final…

Una sección marcada en rojo.

ARCHIVO CENTRAL.

Sophia observó el mapa.

—¿Qué hay ahí?

Elena amplió la imagen.

—Documentos originales. Contratos. Identidades falsas. Registros financieros.

—Entonces ahí están todas las pruebas.

Elena asintió lentamente.

Y también comprendió algo más.

Ese lugar probablemente era el corazón completo de la operación criminal.

Si lograban entrar…

Podrían destruirlos.

Pero también podrían morir.

Los pasos afuera seguían acercándose.

Más cerca.

Más cerca.

Entonces una voz masculina habló claramente en el corredor.

—La señal vino de esta zona.

Sophia palideció.

—Nos encontraron.

Elena desconectó rápidamente el USB y apagó la computadora.

Oscuridad total nuevamente.

Los pasos estaban justo afuera ahora.

Una linterna cruzó por debajo de la puerta.

Elena contuvo la respiración.

Sophia temblaba.

Y entonces—

La manija comenzó a moverse lentamente.

Capítulo 8 — Identidades Robadas

La manija de la puerta comenzó a girar lentamente.

Elena sintió que el corazón se detenía por un instante.

Sophia retrocedió hasta chocar contra una estantería metálica, intentando no hacer ruido. La oficina permanecía completamente oscura, excepto por la delgada línea de luz blanca bajo la puerta.

Afuera, los guardias seguían hablando.

—La señal desapareció aquí.

—Revisa adentro.

La puerta se movió apenas unos centímetros.

Elena contuvo la respiración.

Entonces, de repente, una alarma distante comenzó a sonar en otro sector del subsuelo.

BEEP. BEEP. BEEP.

Los guardias maldijeron inmediatamente.

—¿Qué ocurre ahora?

—Sector C. Vamos.

Los pasos se alejaron rápidamente por el corredor.

La puerta volvió a cerrarse.

Silencio.

Sophia cayó lentamente sobre una silla, respirando con dificultad.

—Dios mío…

Elena seguía inmóvil.

Todavía no podía creer lo cerca que habían estado de ser descubiertas.

Después de varios segundos, se acercó lentamente a la puerta y escuchó.

Nada.

Los guardias ya no estaban cerca.

—Tenemos que salir —susurró Sophia—. Ahora.

Pero Elena no se movió.

Miraba el monitor apagado de la computadora como si aún pudiera ver los archivos reflejados allí.

Las fotografías.

Los nombres.

Las falsas acusaciones.

Las vidas destruidas.

Todo aquello era demasiado grande.

Demasiado oscuro.

Y lo peor era que la policía probablemente jamás había sospechado nada.

Porque Oakville convertía a las víctimas en culpables perfectos.

Elena apretó con fuerza el USB dentro de su bolsillo.

—No son solo fraudes —dijo finalmente.

Sophia levantó la mirada.

—¿Qué quieres decir?

—Es una fábrica completa de identidades falsas.

Elena volvió a encender el monitor rápidamente.

Necesitaba entenderlo todo.

Necesitaba saber exactamente qué estaban planeando hacerle.

La computadora volvió a cargar lentamente.

Sophia parecía aterrorizada.

—Elena, no tenemos tiempo—

—Solo unos minutos más.

Abrió nuevamente la carpeta "PROYECTO MIRROR".

Esta vez revisó documentos más profundos.

Diagramas financieros.

Redes internacionales.

Empresas falsas distribuidas por distintos países.

Todo estaba conectado.

Daniel Brooks había construido un sistema casi perfecto.

Un sistema capaz de borrar digitalmente a una persona… y convertirla en criminal.

Entonces Elena encontró algo aún más perturbador.

Una sección llamada:

"PERFILES DE REEMPLAZO."

Abrió el archivo.

Había docenas de fotografías recientes.

Personas jóvenes.

Solteras.

Con problemas económicos.

Exactamente igual que ella.

Sophia observó las imágenes horrorizada.

—Siguen reclutando gente…

Elena asintió lentamente.

—Siempre necesitan nuevas identidades.

Cada perfil incluía análisis psicológicos.

“Bajo riesgo de búsqueda familiar.”

“Historial financiero vulnerable.”

“Alta necesidad económica.”

Elena sintió rabia creciendo dentro de ella.

No elegían personas al azar.

Elegían personas heridas.

Solas.

Desesperadas.

Las personas que el mundo olvidaba fácilmente.

Entonces encontró una fotografía conocida.

Liam.

Tomada antes de llegar a Oakville.

Debajo había una nota escrita por Margaret Pierce.

“SUJETO IDEAL. SIN RED FAMILIAR ESTABLE.”

Sophia cerró los ojos.

—Los estudiaban antes de traerlos aquí…

Elena siguió leyendo.

Los documentos mostraban cómo alteraban registros digitales completos.

Creaban correos electrónicos falsos.

Historiales bancarios.

Conversaciones fabricadas.

Incluso actividades online falsas para construir la imagen de un criminal perfecto.

Todo antes de ejecutar los ataques financieros.

Y cuando el delito ocurría…

La víctima ya estaba preparada para cargar con toda la culpa.

Entonces Elena abrió otro archivo titulado:

"FASE FINAL — ELENA MORGAN."

Su respiración se volvió más lenta.

El documento estaba fechado para dentro de seis días.

Seis.

Solo seis días.

Leyó cuidadosamente cada línea.

"Transferencia completa de actividad digital programada."

"Implantación de pruebas en dispositivos personales."

"Neutralización posterior recomendada."

Elena dejó de respirar un segundo.

Neutralización posterior.

Ellos ya habían decidido su destino.

Sophia comenzó a llorar silenciosamente.

—No podemos quedarnos aquí…

Elena observó nuevamente las fotografías de los antiguos empleados desaparecidos.

Rachel Turner.

Michael Reyes.

Claire Donovan.

Todos habían pasado exactamente por el mismo proceso.

Y después…

Desaparecieron.

No.

Fueron asesinados.

La verdad ya era imposible de negar.

Entonces Elena recordó algo.

El video de Liam.

Volvió a abrir el archivo rápidamente.

La grabación mostró otra vez aquella habitación blanca.

Liam estaba sentado frente a la mesa metálica.

Herido.

Agotado.

Pero esta vez Elena notó algo diferente detrás de él.

Una puerta.

Y sobre la puerta había un código pintado:

B-17.

Elena abrió inmediatamente el mapa del subsuelo.

Buscó el sector B.

Y encontró la sala B-17 cerca del archivo central.

Sophia la observó confundida.

—¿Qué pasa?

—Creo que sé dónde tienen a Liam.

Sophia abrió los ojos lentamente.

—¿Está vivo?

—No lo sé… pero estaba vivo cuando grabaron esto.

El silencio volvió a llenar la oficina.

Y por primera vez desde que comenzó todo…

Elena sintió algo diferente al miedo.

Determinación.

Porque Liam había arriesgado su vida para ayudarla.

Y ahora ella no podía abandonarlo.

Entonces las luces del techo parpadearon de repente.

Ambas levantaron la cabeza inmediatamente.

Un sonido electrónico comenzó a escucharse por todo el subsuelo.

BEEP.

BEEP.

Una voz automática habló desde altavoces ocultos.

"Protocolo de seguridad activado."

Sophia palideció.

—Eso nunca es bueno.

La voz continuó:

“Personal autorizado diríjase a estaciones asignadas.”

Elena apagó rápidamente el monitor.

—Tenemos que movernos.

Sophia asintió.

Ambas salieron cuidadosamente al corredor.

El ambiente había cambiado.

Luces rojas comenzaban a encenderse en algunas paredes.

Puertas automáticas cerrándose.

Pasos apresurados resonando a lo lejos.

Elena sintió inmediatamente que algo importante estaba ocurriendo.

Caminaron rápido entre los corredores oscuros intentando mantenerse fuera de vista.

Entonces escucharon voces cercanas.

Se escondieron detrás de unas cajas metálicas.

Dos guardias pasaron junto a ellas.

—Hale quiere el sistema listo esta noche.

—¿Y la transferencia de Morgan?

Elena sintió el corazón congelarse al escuchar su apellido.

El otro guardia respondió:

—Brooks comenzará mañana. Después ya no importará si la chica sigue viva.

Sophia cubrió su boca horrorizada.

Los hombres continuaron caminando hasta desaparecer.

Elena permaneció inmóvil.

Aquellas palabras seguían resonando dentro de su cabeza.

"Ya no importará si sigue viva."

La estaban preparando para morir.

No dentro de semanas.

No algún día.

Pronto.

Muy pronto.

Sophia tomó su brazo.

—Tenemos que escapar antes de mañana.

Pero Elena negó lentamente.

—Si escapamos ahora, nunca podremos demostrar nada.

—¿Y qué importa eso si estamos muertas?

Elena guardó silencio.

Porque Sophia tenía razón.

Sin embargo…

También sabía algo más.

Aunque lograra escapar, Oakville seguiría funcionando.

Seguirían secuestrando identidades.

Seguirían destruyendo vidas.

Seguirían matando personas inocentes.

Entonces Elena tomó una decisión.

La más peligrosa de toda su vida.

—Necesitamos llegar al archivo central.

Sophia la miró como si estuviera loca.

—¿Qué?

—Ahí están todas las pruebas reales.

—Elena, apenas logramos sobrevivir aquí abajo—

—Y Liam podría estar cerca de esa zona.

Sophia bajó la mirada.

El miedo era visible en todo su rostro.

Pero también sabía que Elena tenía razón.

Finalmente susurró:

—Entonces tendremos una sola oportunidad.

Elena observó el corredor oscuro frente a ellas.

Luces rojas.

Sombras moviéndose.

El corazón latiendo con fuerza.

Y en algún lugar debajo de Oakville Estate…

La verdad completa las estaba esperando.

Capítulo 9 — La Trampa Perfecta

Las luces rojas del subsuelo de Oakville parpadeaban como una advertencia constante.

Elena y Sophia avanzaban con cuidado por el corredor estrecho, manteniéndose cerca de las paredes para evitar ser vistas. Cada paso resonaba demasiado fuerte en aquel silencio artificial, como si el edificio entero respirara bajo sus pies.

Elena sentía el USB oculto dentro de su bolsillo como un peso vivo.

No era solo información ahora.

Era evidencia.

Y también una sentencia.

Sophia se detuvo de repente, levantando la mano.

—Escucha…

Elena también lo oyó.

Pasos.

Pero esta vez no eran de un solo guardia.

Eran varios.

Corriendo.

Acelerando.

—Se están moviendo rápido —susurró Sophia.

Elena miró hacia el cruce del pasillo.

Luces blancas comenzaron a encenderse una tras otra, como si el sistema entero estuviera despertando.

Un altavoz metálico crujió en el techo.

"Protocolo de contención activo. Bloqueo del nivel inferior en cinco minutos."

Elena sintió un escalofrío inmediato.

—Están cerrando el sector…

Sophia la miró con desesperación.

—Eso significa que no podremos salir.

Elena tomó aire lentamente.

—O significa que alguien no quiere que salgamos.

Ambas comenzaron a moverse más rápido.

Doblaron por un pasillo lateral que descendía aún más dentro del subsuelo.

El aire se volvió más frío.

Más pesado.

Más artificial.

Las paredes ahora estaban llenas de cables, paneles eléctricos y puertas con códigos de seguridad.

Todo aquello no era un sótano.

Era una instalación tecnológica oculta bajo una mansión.

Un centro completo de operaciones.

Elena pensó en Liam.

En los archivos.

En los nombres marcados como “cerrados”.

Y sintió algo crecer dentro de ella.

Rabia.

Entonces llegaron a una bifurcación.

Dos caminos.

Sophia señaló el de la izquierda.

—Archivo central está por ahí.

Pero antes de que pudieran moverse, una puerta detrás de ellas se abrió de golpe.

CLACK.

Ambas se giraron.

Un guardia apareció.

Luego otro.

Y otro más.

Tres hombres bloqueaban el corredor.

Uniformes negros.

Auriculares de comunicación.

El primero habló con voz firme.

—Se acabó el recorrido.

Elena dio un paso hacia atrás.

—No estamos haciendo nada malo.

El guardia la observó como si esa frase fuera irrelevante.

—Señorita Morgan… necesitamos que nos acompañe.

Sophia apretó el brazo de Elena.

Elena entendió inmediatamente.

No era una invitación.

Era una captura.

Elena dio un paso atrás lentamente.

—No voy a ir con ustedes.

El segundo guardia activó su radio.

—Objetivo confirmado. Proceder con contención.

Elena sintió su respiración acelerarse.

Sophia susurró:

—Corre.

Y corrieron.

El sonido de botas golpeando el suelo metálico resonó detrás de ellas.

—¡Deténganse!

Elena y Sophia giraron por un pasillo estrecho.

Luces rojas parpadeando.

Alarmas activándose.

Todo el subsuelo parecía despertar.

—¡Bloqueen el sector B!

Elena corría sin mirar atrás.

Pero sabía algo con claridad.

Aquello ya no era una investigación.

Era una caza.

—

Llegaron a una puerta de emergencia parcialmente abierta.

Sophia la empujó.

Ambas entraron.

Era una sala de mantenimiento llena de servidores antiguos y paneles eléctricos.

El ruido era ensordecedor.

Elena se escondió detrás de una estructura metálica mientras recuperaba el aire.

—No podemos seguir así —susurró Sophia.

Elena asintió.

—Lo sé.

El sonido de los guardias se acercaba.

Cada vez más cerca.

Elena miró alrededor desesperada.

Y entonces lo vio.

Un panel de control antiguo.

Sin cámaras visibles.

Sophia siguió su mirada.

—¿Qué es eso?

Elena se acercó lentamente.

—Puede ser una salida de emergencia del sistema.

Sophia negó.

—O una trampa.

Elena abrió el panel.

Dentro había cables y una terminal básica.

Pero también algo más.

Un botón rojo.

Marcado como:

"TRANSFERENCIA DE EMERGENCIA."

Elena lo observó confundida.

—¿Transferencia de qué?

Sophia retrocedió.

—No lo toques.

Pero Elena ya estaba leyendo el sistema.

La pantalla se encendió automáticamente.

Y lo que vio le heló la sangre.

Un mensaje apareció:

"INICIANDO PREPARACIÓN DE PERFIL DE SUSTITUCIÓN — ELENA MORGAN."

Elena dio un paso atrás.

—Ya lo están haciendo…

Sophia abrió los ojos.

—¿Qué?

Elena señaló la pantalla.

—No están esperando seis días.

—Pero el documento decía—

—Era una distracción.

Elena sintió que todo encajaba de golpe.

La llamada falsa.

La contratación urgente.

La llegada rápida a Oakville.

Todo había sido diseñado desde el principio.

Sophia comenzó a respirar más rápido.

—Entonces esto es…

Elena terminó la frase.

—Una trampa.

Y en ese momento lo entendió completamente.

No solo querían usar su identidad.

Querían hacerla parecer la autora de todo.

El ataque financiero.

El fraude digital.

Todo sería ejecutado bajo su nombre.

Y luego…

La harían desaparecer.

Como a los demás.

Elena miró la pantalla otra vez.

El sistema mostraba algo aún más aterrador.

"ARCHIVO LEGAL EN PROCESO: DECLARACIÓN DE RESPONSABILIDAD CRIMINAL."

Sophia se llevó las manos a la cabeza.

—Te están convirtiendo en la culpable antes de que pase nada…

Elena sintió rabia y miedo al mismo tiempo.

—Esto es perfecto para ellos.

Sophia la miró.

—¿Perfecto?

Elena asintió lentamente.

—Si muero aquí… nadie cuestionará nada.

El silencio cayó sobre ambas.

Porque era verdad.

Los guardias afuera comenzaron a golpear la puerta.

BANG. BANG.

—¡Ábranla!

Elena respiró profundamente.

Tenía una decisión.

Salir.

O detenerlo todo.

Entonces miró el botón rojo.

TRANSFERENCIA DE EMERGENCIA.

Sophia lo vio también.

—No sabes qué hace eso…

Elena tragó saliva.

—Pero ellos sí.

Los golpes en la puerta se hicieron más fuertes.

BANG. BANG. BANG.

—¡Última advertencia!

Elena tomó aire.

Y presionó el botón.

Un sonido profundo resonó en toda la instalación.

WOOOON.

Las luces cambiaron inmediatamente.

El sistema comenzó a reiniciarse.

Sophia abrió los ojos.

—¿Qué hiciste?

En la pantalla apareció un nuevo mensaje:

"TRANSFERENCIA INTERNA ACTIVADA."

De repente, todos los archivos comenzaron a moverse.

Los perfiles digitales.

Las identidades robadas.

Los registros criminales.

Todo empezó a copiarse hacia un servidor externo desconocido.

Elena comprendió lo que había hecho.

—He activado una copia de seguridad externa…

Sophia la miró horrorizada.

—¿A dónde?

Elena no sabía.

Pero sí sabía otra cosa.

Ahora Oakville no controlaba todo.

El sistema estaba fuera de su control.

Y eso era peligroso.

Muy peligroso.

La puerta explotó casi inmediatamente.

Los guardias entraron.

—¡Ahora!

Elena y Sophia corrieron hacia el pasillo lateral.

Alarmas por todas partes.

Luces rojas intensas.

El edificio entero parecía colapsar digitalmente.

Mientras corrían, Elena escuchó fragmentos de comunicaciones:

—¡El sistema está siendo copiado!

—¡Bloqueen la salida principal!

—¡Brooks está perdiendo control del servidor!

Elena sintió una extraña mezcla de miedo y alivio.

Por primera vez…

Oakville no estaba en control total.

Llegaron a una escalera de emergencia.

Subieron rápidamente.

Los guardias detrás de ellas.

Elena podía sentirlos cada vez más cerca.

Entonces escuchó algo inesperado.

Una voz por el altavoz.

Pero no era del sistema.

Era Daniel Brooks.

—Morgan… detenga esto inmediatamente.

Elena se detuvo por un segundo.

La voz continuó.

—Si continúa, no habrá salida para nadie.

Sophia tiró de su brazo.

—No lo escuches.

Elena siguió corriendo.

Subieron más.

Y más.

Hasta que finalmente vieron una puerta de metal con luz natural filtrándose por los bordes.

Salida.

Elena empujó la puerta.

Y ambas salieron hacia un corredor superior.

Pero cuando lo hicieron…

Elena se detuvo de golpe.

Porque frente a ella había una pantalla gigante conectada al sistema central del estate.

Y en esa pantalla…

Su rostro apareció.

Junto con su nombre.

Y debajo una frase en rojo brillante:

"PRINCIPAL RESPONSABLE DEL ATAQUE FINANCIERO GLOBAL."

Elena entendió en ese instante.

La trampa ya estaba completa.

Solo faltaba una cosa.

Que el mundo creyera la mentira.

Capítulo 10 — La Noche del Ataque

La pantalla gigante seguía brillando en el pasillo superior de Oakville Estate.

El rostro de Elena Morgan estaba ahí.

Ampliado.

Frío.

Convertido en un titular criminal.

"RESPONSABLE PRINCIPAL DEL ATAQUE FINANCIERO GLOBAL."

Debajo, líneas de código, transacciones falsas, registros manipulados. Todo diseñado para parecer real.

Demasiado real.

Elena sintió que el mundo se inclinaba bajo sus pies.

—No… —susurró.

Sophia la tomó del brazo con fuerza.

—No podemos quedarnos aquí.

Pero Elena no se movía.

Sus ojos estaban fijos en la pantalla.

En su propio nombre.

En una mentira perfecta.

Ahora lo entendía todo.

No era solo una trampa.

Era una ejecución digital antes de la física.

Primero destruían tu identidad.

Luego destruían tu cuerpo.

Y al final… nadie sabía que habías existido.

Un sonido metálico rompió el momento.

CLANG.

Las luces del pasillo comenzaron a parpadear.

Y una voz automática resonó en todo el edificio:

"PROTOCOLO DE BLOQUEO TOTAL ACTIVADO."

Sophia palideció.

—Están cerrando todo el estate…

Elena respiró profundamente.

Ya no había tiempo para dudas.

—Entonces es ahora.

Sophia la miró.

—¿Ahora qué?

Elena giró lentamente hacia el mapa de emergencia en la pared.

Su mente trabajaba a toda velocidad.

Archivo central.

Servidor principal.

Salida de emergencia.

Todo estaba conectado.

Y ahora, gracias a la transferencia que ella había activado… el sistema estaba inestable.

Había una ventana.

Pequeña.

Pero real.

—Tenemos que entrar al núcleo del sistema —dijo Elena.

Sophia abrió los ojos.

—¿Estás loca? ¡Está lleno de guardias!

Elena negó.

—Es nuestra única oportunidad de conseguir pruebas reales.

—¡Ya tienes pruebas!

—No suficientes.

Elena se acercó a la pantalla.

Su imagen seguía allí.

—Esto no es evidencia para el mundo. Esto es propaganda interna.

Sophia entendió lentamente.

—Quieren que parezca que tú eres la criminal.

Elena asintió.

—Y lo van a conseguir… a menos que tengamos algo irrefutable.

Un silencio pesado cayó entre ellas.

Las alarmas seguían sonando.

Pasos en los corredores cercanos.

El edificio entero estaba despertando.

Y enfurecido.

Sophia cerró los ojos.

—¿Cuál es el plan?

Elena exhaló lentamente.

—Archivo central. Descargar todo. Y enviarlo fuera del sistema antes de que nos bloqueen.

Sophia tragó saliva.

—Eso es imposible.

—No si el sistema ya está inestable.

Elena recordó la transferencia que había activado.

Todo se estaba copiando hacia un servidor externo.

Si lograban conectarse a ese flujo…

Podían forzar la salida de datos.

Sophia la miró con miedo.

Pero también con algo más.

Determinación.

—Bien —dijo finalmente—. Hagámoslo.

—

Bajaron rápidamente por una escalera lateral.

Las luces rojas iluminaban cada paso.

El edificio parecía una máquina viva.

Respirando.

Cambiando.

Reaccionando a ellas.

En cada esquina había cámaras.

Algunos guardias corrían hacia niveles inferiores.

Otros bloqueaban rutas de escape.

Elena y Sophia avanzaban pegadas a la pared.

Elena sentía su corazón golpeando en el pecho como un tambor constante.

Cada sonido podía ser el último.

Llegaron a un corredor ancho.

Frente a ellas, una puerta blindada.

ARCHIVO CENTRAL.

Elena la observó.

—Aquí es.

Sophia miró alrededor nerviosamente.

—Esto es el corazón del sistema…

Elena sacó la llave oxidada que Liam le había dado.

La sostuvo un segundo.

—Él quería que llegáramos aquí.

Sophia asintió lentamente.

Elena introdujo la llave.

La puerta no se abrió completamente.

Solo liberó el primer bloqueo.

Luego un panel electrónico se activó.

"VERIFICACIÓN DE ACCESO REQUERIDA."

Sophia miró desesperada.

—No tenemos código.

Elena observó el panel.

Y entonces recordó algo.

Daniel Brooks.

Su tablet.

Los perfiles.

Los sistemas internos.

Todo estaba conectado a la red del estate.

Elena sacó el USB.

—El sistema está abierto por la transferencia. Podemos usarlo como puente.

Sophia la miró confundida.

—¿Puente?

Elena conectó el USB al panel.

Durante un segundo no ocurrió nada.

Luego…

El sistema reaccionó.

Las luces del panel cambiaron de rojo a amarillo.

Luego a verde.

CLICK.

La puerta se desbloqueó.

Sophia abrió los ojos.

—Funcionó…

Pero antes de que pudieran entrar…

Un sonido fuerte resonó detrás de ellas.

CLAP. CLAP. CLAP.

Aplausos lentos.

Elena se giró lentamente.

Daniel Brooks estaba al final del corredor.

Solo.

Sin guardias.

Su expresión era calmada.

Demasiado calmada.

—Impresionante —dijo.

Sophia dio un paso atrás.

Elena lo miró fijamente.

—Ya es suficiente, Daniel.

Él sonrió ligeramente.

—No, Elena… esto apenas comienza.

Elena sintió rabia.

—Has destruido vidas.

Daniel inclinó la cabeza.

—He construido un sistema perfecto.

—Es un crimen.

—Es eficiencia.

Elena apretó los puños.

—¿Dónde está Liam?

El silencio de Daniel fue inmediato.

Demasiado inmediato.

Elena entendió la respuesta sin que él hablara.

Pero entonces Daniel habló.

—El señor Carter fue un error.

Sophia susurró:

—¿Está muerto?

Daniel no respondió directamente.

Solo dijo:

—La información es lo único que importa aquí.

Elena dio un paso hacia él.

—Voy a destruir todo esto.

Daniel la observó con interés.

—Ya lo hiciste parcialmente.

Elena frunció el ceño.

—¿Qué?

Daniel señaló el sistema detrás de la puerta.

—El archivo central ya está replicándose fuera del estate. Tus acciones han activado un protocolo de exposición global.

Elena sintió un escalofrío.

—Entonces… la transferencia…

—Exacto —dijo Daniel—. Estás enviando nuestras operaciones al mundo exterior.

Sophia respiró rápido.

—Entonces la policía…

Daniel rió suavemente.

—La policía no llegará a tiempo.

Elena sintió algo extraño.

No victoria.

No alivio.

Solo peligro.

Daniel continuó:

—Porque ahora… todos los activos están siendo borrados.

Elena se tensó.

—¿Qué activos?

Daniel miró directamente a Sophia.

Luego a Elena.

—Personas.

Elena comprendió.

—Están eliminando a los empleados.

Daniel no respondió.

Pero su silencio fue suficiente.

Las luces del corredor cambiaron nuevamente.

Ahora eran más intensas.

Más agresivas.

Una alarma diferente comenzó a sonar.

“ELIMINACIÓN DE SEGURIDAD INICIADA.”

Sophia abrió los ojos aterrorizada.

—¡Tenemos que salir!

Pero Elena no se movió.

Estaba mirando la puerta del archivo central.

—Primero entramos.

Daniel negó lentamente.

—No tendrán tiempo.

Elena lo ignoró.

Empujó la puerta.

Y entraron.

—

El interior del archivo central era gigantesco.

Filas interminables de servidores.

Luces azules y verdes parpadeando como un corazón artificial.

Pantallas flotantes mostrando datos en tiempo real.

Miles de identidades.

Miles de vidas.

Sophia quedó paralizada.

—Esto… es enorme…

Elena caminó hacia el centro.

Conectó el USB a la estación principal.

El sistema reaccionó inmediatamente.

“ACCESO DETECTADO.”

“COPIANDO DATOS COMPLETOS.”

Elena respiró profundamente.

—Vamos…

Pero entonces…

La pantalla principal cambió.

Apareció una imagen.

Liam.

Elena se congeló.

Sophia también.

Liam estaba en una sala blanca.

Pero esta vez no estaba herido.

Estaba consciente.

Observando directamente a la cámara.

Y habló.

—Si estás viendo esto… significa que llegaste demasiado lejos.

Elena dio un paso hacia la pantalla.

—Liam…

Él continuó:

—Oakville no es solo un sistema. Es una red. Y tú eres ahora el centro.

Sophia susurró:

—¿Qué significa eso?

El video continuó.

—No confíes en nadie dentro del estate. Ni siquiera en esta versión de mí.

Elena abrió los ojos.

La grabación se distorsionó.

Y terminó.

Silencio.

Sophia estaba temblando.

—Eso… no es posible…

Pero Elena ya estaba entendiendo.

El sistema podía manipular todo.

Incluso a Liam.

O usar su imagen.

Daniel Brooks apareció en la entrada del archivo.

—¿Empiezan a comprender ahora?

Elena lo miró.

—¿Qué hiciste con Liam?

Daniel sonrió ligeramente.

—Liam fue una variable útil.

Elena sintió rabia pura.

—¡Bastardo!

Pero Daniel no reaccionó.

Solo observó el sistema.

—Ya es tarde.

Las luces comenzaron a cambiar nuevamente.

Rojo intenso.

Todo el archivo central empezó a cerrarse.

Sophia gritó:

—¡El sistema se está bloqueando!

Elena no se movió.

Seguía copiando datos.

La barra de transferencia avanzaba lentamente.

30%.

40%.

50%.

El tiempo se acababa.

Daniel levantó un dispositivo.

—Detengan la transferencia.

Pero antes de que pudiera hacerlo…

Las luces del edificio entero explotaron en interferencia.

El sistema se volvió inestable.

Elena miró la pantalla.

70%.

80%.

Los servidores empezaron a fallar.

El archivo central vibraba.

El edificio entero parecía colapsar digitalmente.

90%.

Sophia gritó:

—¡Elena!

Elena no se movió.

Miraba la pantalla.

95%.

Daniel dio un paso hacia ella.

Pero entonces…

Una explosión eléctrica sacudió el archivo.

Las luces se apagaron por completo.

Silencio.

Oscuridad.

Y en la pantalla…

100%.

Un segundo después…

Todos los datos fueron enviados.

Elena exhaló lentamente.

En la oscuridad, escuchó un último sonido.

Sirenas.

Lejanas.

Acercándose desde fuera del estate.

Elena susurró:

—Se acabó.

Pero en el fondo…

Sabía que lo peor aún no había terminado.

Capítulo 11 — La Huida Invisible

La oscuridad tras la explosión eléctrica duró solo unos segundos, pero para Elena se sintió como una eternidad.

El archivo central había quedado parcialmente destruido. Servidores apagados. Luces de emergencia parpadeando en rojo débil. El

sistema de Oakville ya no era el mismo: estaba herido, inestable… y peligroso.

Muy peligroso.

Sophia respiraba con dificultad a su lado, apoyada contra una consola metálica.

—¿Qué… hicimos? —susurró.

Elena miraba la pantalla negra frente a ellas. La transferencia había llegado al 100%, pero el sistema ahora parecía reaccionar como una criatura atrapada.

—Lo necesario —respondió Elena en voz baja.

Pero incluso ella no estaba completamente segura de esas palabras.

Un sonido metálico atravesó el archivo.

CLANG.

Luego otro.

CLANG. CLANG.

Las luces de emergencia se intensificaron.

Y una voz automática, distorsionada, llenó el espacio:

"PROCEDIMIENTO DE CONTENCIÓN FINAL ACTIVADO."

Sophia se giró lentamente hacia Elena.

—Eso no suena a salida…

Elena ya lo sabía.

No era una evacuación.

Era una limpieza.

—

En el corredor exterior, el sistema de Oakville había cambiado por completo.

Las puertas se cerraban automáticamente.

Los accesos se bloqueaban uno tras otro.

Los pasillos que antes eran rutas se estaban convirtiendo en trampas cerradas.

Y dentro de ese laberinto…

Elena y Sophia eran ahora objetivos activos.

Daniel Brooks apareció en una de las cámaras de seguridad del sistema, observando todo desde una sala de control secundaria.

Su expresión ya no era tranquila.

Era fría.

Calculadora.

—Activen el protocolo de eliminación de activos internos —ordenó.

Los guardias comenzaron a moverse rápidamente por los niveles inferiores.

Pero algo era diferente ahora.

El sistema no respondía como antes.

Oakville estaba fallando.

Y eso hacía todo más impredecible.

—

Elena se agachó frente a la consola destruida del archivo central.

—Tenemos que salir antes de que cierren todos los sectores.

Sophia la miró con ojos llenos de miedo.

—¿Cómo? Estamos atrapadas bajo tierra.

Elena abrió el mapa digital de emergencia en una pantalla auxiliar que aún funcionaba parcialmente.

El sistema mostraba múltiples rutas bloqueadas.

Pero una… aún parpadeaba en amarillo.

SALIDA DE SERVICIO — SECTOR NORTE.

—Esta —dijo Elena señalando la ruta.

Sophia negó.

—Está lejos… y seguro está vigilada.

Elena asintió.

—Sí. Pero es la única que no está completamente cerrada.

Un estruendo sacudió el techo.

El edificio parecía estar colapsando internamente.

Sophia se cubrió la cabeza.

—¡No tenemos tiempo!

Elena tomó el USB con fuerza.

—Entonces no perdamos más.

—

Salieron del archivo central corriendo.

El pasillo estaba parcialmente destruido.

Chispas caían desde el techo.

Las luces rojas hacían que todo pareciera una pesadilla mecánica.

Elena corría delante, guiando a Sophia entre rutas inestables.

Cada paso era un riesgo.

Cada esquina podía esconder guardias.

Pero lo peor no eran los guardias.

Era el sistema.

Porque Oakville ahora reaccionaba a ellas directamente.

Las puertas se cerraban justo después de que pasaban.

Los accesos se bloqueaban como si el edificio intentara atraparlas vivas.

Sophia jadeaba.

—Esto no es normal… esto no es un edificio…

Elena no respondió.

Porque lo sabía.

Oakville ya no era una mansión.

Era una máquina de caza.

—

De repente, una alarma diferente sonó.

"LOCALIZACIÓN DE OBJETIVOS CONFIRMADA."

Elena se detuvo en seco.

—Nos detectaron.

Sophia miró alrededor desesperada.

—¿Cómo?

Elena apretó los dientes.

—El sistema aún nos está rastreando.

Un mapa holográfico apareció en una pared cercana.

Dos puntos rojos.

ELENA MORGAN.

SOPHIA REYES.

Ambos moviéndose en tiempo real.

Sophia lo vio y se llevó la mano a la boca.

—Nos están viendo…

Elena entendió inmediatamente.

—No solo nos ven… nos están siguiendo.

Un sonido de pasos metálicos resonó detrás de ellas.

Guardias.

Cerca.

Muy cerca.

—¡Ahí!

Elena agarró a Sophia del brazo.

—¡Corre!

—

El corredor se convirtió en una persecución.

Luces rojas.

Sirenas.

Puertas cerrándose detrás de ellas como cuchillas.

Elena y Sophia giraban por pasillos secundarios intentando perder a los guardias.

Pero el sistema siempre sabía dónde estaban.

Siempre.

Elena sintió algo nuevo.

No solo miedo.

Frustración.

Porque estaban luchando contra algo que no respiraba, no dudaba, no descansaba.

Un sistema perfecto de control.

Sophia tropezó.

Elena la sostuvo.

—¡No puedo más! —gritó Sophia.

—Sí puedes —respondió Elena—. Solo un poco más.

Un guardia apareció al final del pasillo.

Luego otro.

Elena giró rápidamente hacia una puerta lateral.

Cerrada.

Sophia gritó:

—¡No tiene salida!

Elena sacó la llave oxidada.

La miró un segundo.

Luego la introdujo en una pequeña ranura de mantenimiento que apenas notó.

CLICK.

La puerta se abrió parcialmente.

Ambas entraron justo antes de que los guardias llegaran.

—

Dentro había un túnel estrecho.

Oscuro.

Sin cámaras visibles.

Elena cerró la puerta detrás de ellas.

Respiración agitada.

Silencio.

Por primera vez en minutos… no había sirenas.

Sophia se apoyó en la pared.

—Pensé que moríamos…

Elena miró el túnel.

—Todavía no.

El túnel descendía hacia zonas desconocidas del estate.

El aire era más frío.

Más húmedo.

Más antiguo.

Como si estuvieran entrando en una parte olvidada del edificio.

Sophia miró alrededor.

—¿Qué es este lugar?

Elena observó las paredes.

—Infraestructura original. Antes de Oakville… esto ya existía.

Sophia frunció el ceño.

—¿Cómo sabes eso?

Elena no respondió.

Pero lo intuía.

Todo aquel sistema no había sido construido solo para ocultar delitos.

Había sido diseñado desde el inicio como un centro de control.

Un lugar donde personas podían desaparecer sin dejar rastro.

Y ahora ellas estaban dentro de su estructura más antigua.

—

De repente, el USB en el bolsillo de Elena vibró ligeramente.

Sophia lo notó.

—¿Eso… está funcionando?

Elena sacó el dispositivo.

Una pequeña luz parpadeaba.

El sistema aún estaba enviando datos.

Pero no hacia afuera ahora.

Sino de vuelta.

—Está recibiendo algo —dijo Elena.

Sophia se acercó.

—¿Qué cosa?

Elena miró la pantalla emergente en el USB.

Un archivo nuevo estaba descargándose.

Sin nombre.

Solo una etiqueta:

"ORIGEN."

Elena lo abrió.

Y lo que vio la dejó inmóvil.

Era un registro antiguo.

Mucho más antiguo que Oakville.

Con nombres de personas desaparecidas hace años.

Y un patrón claro.

Elena susurró:

—Esto empezó antes…

Sophia la miró confundida.

—¿Antes de qué?

Elena siguió leyendo.

—Antes de Oakville.

Un escalofrío recorrió el túnel.

Porque significaba algo terrible.

Oakville no era el origen.

Era solo una versión moderna.

Una evolución.

Sophia retrocedió un paso.

—Entonces… esto no termina aquí…

Elena cerró el archivo lentamente.

—No.

Un ruido metálico resonó en el túnel.

CLANG.

Las luces del USB se apagaron por un segundo.

Y luego…

Volvieron.

Más intensas.

Elena levantó la mirada.

—Nos encontraron otra vez.

Sophia susurró:

—¿Cómo es posible aquí abajo?

Elena entendió algo que la heló por dentro.

No era el edificio.

No eran los guardias.

Era el sistema.

Siempre el sistema.

Elena guardó el USB.

—Tenemos que movernos.

Pero esta vez no corrieron.

Caminaron rápido.

Porque ahora sabían algo peor.

No estaban escapando de Oakville.

Estaban escapando dentro de él.

Y el sistema aún no había terminado con ellas.

Capítulo 12 — El Eco del Silencio

El túnel respiraba como una garganta antigua.

Elena y Sophia avanzaban en la oscuridad, guiadas solo por la luz intermitente del USB que aún conservaba los datos del sistema de Oakville. Cada paso resonaba con un eco profundo, como si el propio edificio recordara a todas las personas que habían pasado por allí… y nunca habían salido.

El silencio no era paz.

Era vigilancia.

Sophia caminaba detrás de Elena, con el rostro pálido y la respiración entrecortada.

—Ya no sé si estamos saliendo… o entrando más —susurró.

Elena no respondió de inmediato.

Porque la verdad era incómoda.

Ni siquiera ella lo sabía.

El túnel finalmente se abrió a una sala más amplia, llena de tuberías oxidadas y maquinaria antigua. El aire era más frío aquí, pero también más estable. Como si hubieran llegado a un punto donde el sistema moderno de Oakville ya no tenía control total.

Elena se detuvo.

—Aquí hay señal… —dijo en voz baja.

Sophia miró alrededor, nerviosa.

—¿Señal de qué?

Elena levantó el USB.

La luz estaba más fuerte.

—De salida.

Pero no era una salida física.

Era una salida de información.

El archivo "ORIGEN" seguía abierto en su dispositivo. Y ahora mostraba una nueva capa de datos descifrados automáticamente.

Nombres.

Fechas.

Ubicaciones.

Y conexiones entre empresas fantasma que no deberían existir.

Sophia se acercó lentamente.

—¿Qué estás viendo?

Elena tragó saliva.

—Esto no empezó en Oakville.

Sophia cerró los ojos un segundo.

—Ya lo dijiste…

—No, no lo entiendes —interrumpió Elena—. Oakville es solo una pieza reciente. Esto lleva años… décadas.

Elena desplazó los archivos.

Y entonces lo vio.

Un patrón repetido.

Personas desaparecidas en distintos estados.

Mismos perfiles.

Mismos métodos.

Mismos resultados.

El sistema no era un lugar.

Era una red.

Una estructura invisible que conectaba múltiples propiedades, empresas y servidores en distintos puntos del país.

Sophia se llevó la mano a la boca.

—Dios mío…

Elena susurró:

—Oakville es solo una cara.

Un sonido metálico interrumpió el momento.

CLANG.

Ambas se giraron.

Nada visible.

Pero el eco había cambiado.

Ahora el túnel parecía… más estrecho.

Como si estuviera cerrándose lentamente.

Sophia retrocedió.

—Esto no es normal…

Elena miró el USB otra vez.

La transferencia seguía activa.

Pero ahora mostraba otra alerta:

“CONEXIÓN DETECTADA: RESPUESTA DEL SISTEMA ORIGEN.”

Elena sintió un escalofrío inmediato.

—Nos están rastreando desde afuera también…

Sophia abrió los ojos.

—¿Desde afuera? ¿Cómo?

Elena no tenía una respuesta completa.

Pero entendía lo suficiente.

El sistema no era local.

Era global.

Y Oakville había sido solo un nodo.

Entonces, un sonido diferente llenó el túnel.

No pasos.

No alarmas.

Una voz.

Distorsionada.

Fría.

“ELENA MORGAN…”

Elena se congeló.

Sophia se giró inmediatamente.

—¿Quién… quién dijo eso?

La voz continuó, saliendo de algún altavoz antiguo integrado en las paredes.

"…has llegado más lejos de lo permitido."

Elena dio un paso atrás.

—¿Daniel?

Pero la voz no respondió.

Solo siguió:

"RESTITUCIÓN DE CONTROL INICIADA."

Las luces del túnel parpadearon violentamente.

El sistema estaba reaccionando.

Sophia gritó:

—¡Tenemos que salir de aquí ahora!

Elena agarró su brazo.

—No. Escucha.

La voz volvió:

"LOS DATOS HAN SIDO COPIADOS. EL DAÑO ES IRREVERSIBLE."

Silencio.

Luego:

"PERO LA FUENTE PUEDE SER AISLADA."

Elena entendió inmediatamente.

—Quieren bloquear la fuga de datos…

Sophia la miró con miedo.

—¿Qué significa eso?

Elena respondió con voz baja:

—Que van a intentar borrarnos.

Un estruendo sacudió el túnel.

Las paredes vibraron.

El sistema estaba colapsando o… reconfigurándose.

Elena abrió el archivo final del USB.

Había una última carpeta desbloqueada automáticamente:

"PLAN DE CONTENCIÓN GLOBAL."

Sophia miró la pantalla.

—¿Global?

Elena asintió lentamente.

Y comenzó a leer.

—"En caso de exposición del sistema, los nodos secundarios procederán a neutralizar todas las identidades comprometidas…"

Sophia susurró:

—¿Nodos secundarios?

Elena pasó la página.

Y entonces lo entendió.

Oakville no era el único lugar.

Había otros.

Instalaciones similares.

Con otros nombres.

Otros sistemas.

Otros “Oakvilles”.

Sophia dio un paso atrás.

—Esto no termina aquí…

Elena cerró el archivo.

—Nunca terminó aquí.

Un ruido fuerte resonó detrás de ellas.

El túnel comenzó a iluminarse en rojo.

El sistema estaba entrando en fase final.

Una voz automática volvió a sonar:

“EVACUACIÓN IMPOSIBLE.”

“ELIMINACIÓN DE EVIDENCIA EN PROGRESO.”

Sophia comenzó a llorar en silencio.

—No quiero morir aquí…

Elena la miró.

Y por primera vez, su voz fue completamente firme.

—No vamos a morir aquí.

Sophia la miró.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Elena levantó el USB.

—Porque ya enviamos la verdad afuera.

Un segundo de silencio.

Luego otro.

El sistema parecía detenerse por un instante.

Como si procesara esa afirmación.

Entonces… las luces rojas comenzaron a fallar.

Una tras otra.

El sistema estaba perdiendo control.

Sophia levantó la cabeza lentamente.

—¿Funciona…?

Elena no respondió.

Solo observó el túnel.

El silencio había cambiado.

Ya no era opresivo.

Era vacío.

Como si algo enorme acabara de desaparecer.

Entonces, a lo lejos, se escucharon sirenas.

Pero no dentro del túnel.

Sino afuera.

Muy lejos.

Elena respiró profundamente.

—FBI…

Sophia abrió los ojos.

—¿De verdad crees que llegaron?

Elena asintió.

—Los datos llegaron antes que nosotros.

El sistema había sido expuesto.

Y ahora el mundo exterior estaba reaccionando.

Pero Oakville todavía no había terminado.

Porque el edificio comenzó a vibrar nuevamente.

Esta vez más fuerte.

Elena entendió.

—Están destruyéndolo desde dentro…

Sophia la miró.

—¿Nosotros estamos dentro!

Elena tomó su mano.

—Entonces tenemos que salir antes de que colapse.

Corrieron por el túnel.

Esta vez no como fugitivas.

Sino como supervivientes.

El camino se volvió inestable.

Partes del techo comenzaron a caer.

El sistema estaba muriendo.

O eliminando rastros.

Elena no sabía cuál.

Finalmente, vieron una luz blanca al final del túnel.

Natural.

Real.

Exterior.

Sophia empezó a llorar de alivio.

—¡Salimos…!

Elena la detuvo un segundo.

—Espera.

Se acercó lentamente a la salida.

Y escuchó.

Silencio.

Pero un silencio diferente.

No vigilante.

No artificial.

Real.

Entonces dio el último paso.

Y salieron.

—

El aire frío golpeó sus rostros.

La tormenta había terminado.

El cielo estaba cubierto de nubes grises, pero ya no era la oscuridad opresiva del subsuelo.

Detrás de ellas, Oakville Estate se alzaba como una sombra gigante.

Pero algo estaba cambiando.

Luces internas explotaban.

Partes del edificio se apagaban.

El sistema estaba cayendo.

A lo lejos, helicópteros se acercaban.

Sirenas.

Luces rojas y azules.

Sophia cayó de rodillas en la nieve.

—Estamos vivas…

Elena observó la mansión.

No con alegría.

Sino con cansancio.

Porque sabía que la batalla no era solo escapar.

Era demostrarlo todo.

Y ahora… lo habían hecho.

Elena sacó el USB.

La luz parpadeó una última vez.

Luego se estabilizó.

Elena susurró:

—Se acabó.

Pero justo cuando lo dijo…

Su teléfono, que no había usado en días, vibró en su bolsillo.

Un mensaje desconocido apareció en la pantalla:

“EL SISTEMA TIENE MUCHOS MÁS NODOS, ELENA MORGAN.”

Elena lo leyó en silencio.

Sophia miró la pantalla.

—¿Qué es eso?

Elena no respondió inmediatamente.

Solo miró Oakville por última vez.

El edificio seguía colapsando lentamente.

Pero en su mente… la historia no había terminado.

Porque entendió la última verdad.

Oakville no era el final.

Era solo el principio del silencio.

Y el eco…

todavía estaba vivo.

FIN.